

# El pianista sin rostro

Christian Grenier



Dirección de la colección: Guillermo Höhn  
Jefatura de arte: Claudio Perles  
Título original: Le pianiste sans visage  
Traducción: Valeria Joubert  
Corrección: Cecilia Biagioli

Grenier, Christian  
El pianista sin rostro – 1ª. ed. 1ª. reimp. - Buenos Aires Cántaro 2007  
144 p.; 19x13 cm.  
ISBN 978-950-753-051-7

1. Narrativa Infantil Francesa. I. Título  
CDD843.9282

I.S.B.N. N° 978-950-753-051-7  
© © Rageot-Éditeur - 1995  
© Para la edición en español. Puerto de Palos S.A. - 1998

# EL PIANISTA SIN ROSTRO

*Nota del autor:* si los retratos de Oscar Lefleix y de Amado Riccorini son imaginarios, los nombres de todos los otros compositores y músicos son, por supuesto, auténticos.



## Índice

Una noche de concierto.....	9
El chico del banco.....	13
Debate en torno de un piano.....	17
Daniel está en el lugar de la cita.....	21
Revelaciones, traición, explicaciones.....	23
Los discos de mi padre.....	27
Misteriosas cintas magnéticas.....	31
Mi padre era compositor.....	35
En lo de Daniel.....	39
¿Quién era Oscar Lefleix?.....	43
Semanas difíciles.....	47
Un concierto de Paul Niemand.....	51
Una tarde en lo de Daniel.....	55
La Consagración de la Primavera.....	59
La locura de Toulouse.....	63
Un fin de curso amargo.....	69
El rostro del pianista.....	71
Epílogo.....	79



*"Una historia nunca es simple.  
Un hecho no existe al desnudo.  
¿Y si hubiera tantos acontecimientos  
como individuos?"  
La chica de 2º B*





## *Una noche de concierto*

Era sábado 1º de octubre. Me acuerdo de esa noche como si fuera ayer. Acababa de terminar los deberes para el lunes. Hasta le había pedido a Mutti que revisara mis ejercicios de alemán. Pero se negó a mirarlos:

—Hija, estás en segundo año. ¡Y con el señor Schade, gracias a Dios! No te ayudaré de ninguna manera. En alemán, a partir de ahora, te las arreglarás sola.

Mutti es profesora de alemán en el Chaptal. El año pasado, estaba en su clase. Siempre tenía las mejores notas. Claro, mis compañeros se burlaban: "Con una madre alemana, las cosas son más fáciles. Y si encima es tu profesora en el colegio...". Yo respondía que la señora Lefleix no era, en verdad, mi madre. Y que, además, no me ayudaba.

¿Era culpa mía si hablaba alemán tan bien como francés? En casa, Mutti se comunica indiferentemente en estos dos idiomas.

Esa noche, entonces, justo después de la cena, estaba a punto de mirar la revista con la programación de la tele, cuando sonaron tres golpes en la puerta: era Oma.

Entró blandiendo un pequeño tique rosa:

—¿Alguien quiere ir a un concierto esta noche?

Florent, mi medio hermano, se arrojó sobre ella:

—¿Qué es? ¿Rita Mitsouko?<sup>1</sup> ¿Phil Collins?

Oma se encogió de hombros.

—¿Por qué no Los Beatles? Pero no, tonto. Es un concierto de piano. Del célebre Amado Riccorini.

¿Célebre? No para todo el mundo. Era la primera vez que oía hablar de él.

—¿Cuántos lugares tienes, mamá? —preguntó Mutti.

—¡Ay, uno solo! ¿Por qué no vas, Grete?

Mutti esbozó una sonrisa crispada que nadie más que yo pudo traducir.

—¿Y tú, mamá, por qué no vas? —contestó.

—¡Oh, esta noche, en el canal 6, pasan de nuevo *Un amor de verano!* —dijo Oma con entusiasmo.

Esta vez me tocó a mí poner mala cara. No tengo nada contra las series edulcoradas. Pero ante la idea de quedarme tres horas en compañía de Oma frente al televisor, la lectura de *Germinal* "obligatoria antes de fin de mes", como había especificado la profesora de Lengua esa misma mañana, se volvía incluso una perspectiva agradable.<sup>2</sup>

La verdad es que Oma no sabe callarse. Condimenta cada película con sus comentarios imparables: "Ah... ¡Es maravilloso! Qué conmovedor... ¿Pero por qué le ha dicho eso si, en el fondo, la ama, no? La verdad, es una exagerada, ¿no les parece?". Con ella, es inútil seguir la acción en la pantalla: Oma reemplaza de una vez la imagen y la banda de sonido.

Oma es la mamá de Mutti, es decir, algo así como mi abuela. Vive en el pequeño monoambiente que está pegado a nuestro departamento. Se niega a comprar esa "boba

<sup>1</sup>Rita Mitsouko es un dúo pop francés, cuya música retoma ciertos elementos punk. (N. de la T.)

<sup>2</sup>*Germinal* es una de las novelas más famosas del célebre escritor francés del siglo XIX Émile Zola, creador del naturalismo. (N. de la T.)

caja de imágenes". Pero cuando un programa le interesa, enseguida se aparece en casa. Eso sí, no más de una vez por semana. Pero siempre la noche en que Mutti y yo queremos ver algún programa preciso. Y nunca el que Oma eligió.

—¿Pero por qué has comprado esa entrada? —preguntó Mutti.

—No la compré: ¡la gané! La semana pasada, fui una de las tres primeras auditoras en llamar a France-Musique... Sabes, al programa *Una noche de concierto*.

Oma es una fanática de los concursos. Les dedica la mayor parte de su tiempo. Así es como ganó una cantidad de premios inverosímiles (como, por ejemplo, el año pasado, un viaje para dos personas a las Islas Baleares).

Vuelvo a ver el pequeño tique rosa sobre la mesa ratona de la sala. Recuerdo mi vacilación. No duró mucho:

—Y bueno, yo iría con gusto.

Mutti arqueó las cejas. Hasta Oma parecía sorprendida.

—¡Es música clásica, Jeanne! —le pareció necesario aclarar.

—¿Y además, con quién irías?

—¡Pero... no necesito a nadie!

—¿Por qué crees que voy a dejarte ir y volver sola en subte? ¿De noche? ¿A los quince años? ¡Imposible!

Si uno le creyera a Mutti, habría doscientas agresiones por día en París. Particularmente, en el subte. Sobre todo, por Place de Clichy, donde vivimos.

—Voy contigo. Pero cámbiate, por favor. No se va a los conciertos en vaqueros.

Se apoderó de la entrada y, luego, del teléfono. Pero al cabo de un minuto, cortó, decepcionada:

—No hay más entradas. No importa, te acompaño. Son sólo cinco estaciones de subte. Corregiré deberes en un café hasta que termine el concierto.

No sé si mis compañeros de clase se dejan acompañar así por su madre cuando les toca salir de noche. No lo sé, tanto menos cuanto que en verdad, no tengo amigas. Supongo que es el premio de los hijos de los docentes.

Se desconfía de ellos. O entonces uno se hace muy amigo de ellos el día antes de una prueba y al final del bimestre, justo antes de la entrega del boletín... Si entonces pudiera vender información, ¡creo que haría fortunas!

Salimos enseguida y Mutti me dejó en la entrada de la sala de conciertos. Un lugar en la platea cuesta seis veces el precio de una entrada de cine. Oma me había hecho un regalo de reina. Pero en ese momento, creo que pensé: "¡Qué desperdicio gastar tanto dinero para ver a alguien tocar el piano!". Vi un afiche y la foto de Amado Riccorini, un hombre mayor casi calvo de mirada maliciosa. La mayoría de los espectadores estaban de traje o de vestido. Mutti había tenido razón al aconsejarme que me cambiara de ropa. Comenzaba a lamentar haber ido, odio esos lugares donde hay que estar vestido así y comportarse así. Como en misa. O en clase. Tendría que haberme quedado leyendo *Germinal*.

Una acomodadora me mostró el asiento (¡una suerte, era en la segunda fila!). Rechacé el programa. Pero me lo puso entre las manos, agregando:

—Es gratis, señorita.

Lancé al programa una vaga mirada, para hacer como los que estaban sentados a mi lado. Pero para mí, era chino. Los nombres de Beethoven y de Ravel me decían algo (el año pasado, Bricart, el profe de Música, nos había hinchado durante una hora con el famoso *Bolero*), pero los de Luciano Berio y de Stockhausen me eran desconocidos por completo.

Alguien apareció en el escenario, pero no era el célebre Riccorini. El maestro, nos explicaron, estaba enfermo. Sería reemplazado esa noche por un joven solista. Por lo mismo, las obras del programa serían levemente modificadas.

Mis vecinos, una pareja mayor, parecieron contrariados en extremo. Se apuraron

en anotar en su programa los títulos de los nuevos fragmentos que serían interpretados. En cuanto a mí, me daba lo mismo.

Por fin, el pianista entró y avanzó sobre el escenario para saludar. Me pareció muy joven, torpe, inhibido. Su cabello largo y oscuro le disimulaba el rostro. Disimular no es lo bastante fuerte. Ni siquiera se podía adivinar si era blanco, negro o amarillo... Mis vecinos, además, intercambiaron dos o tres sarcasmos en voz baja: no estaban lejos de creer que se trataba de una broma o de un engaño.

Pero en cuanto empezó a tocar, esa impresión se borró. Y conservo de los primeros compases que hizo con su instrumento el eco de una emoción extraordinaria. Sé que la expresión puede chocar: "¿Cómo una emoción podría tener un eco?", escribiría en el margen el señor Oriou, mi profesor de Lengua. Y bueno, sí. Por otra parte, mi corazón y mis oídos se conmovieron de una sola vez. Y cuando vuelvo a escuchar hoy ese fragmento (sé que se trata de la sonata *Wanderer*, de Schubert), reencuentro la magia de ese instante excepcional. Vuelvo a ver la sala del concierto, los espectadores, el pianista. Y vuelvo a sentir la sorpresa que las primeras notas hicieron nacer en el público. Un público compuesto, sin embargo, por especialistas y melómanos.

¿Cómo explicar lo que entonces se produjo? Soy incapaz de hacerlo. Se trata de un conjunto de cosas. Pero la obra y el modo en que era interpretada me conmovieron de repente. Era como una puerta que se abría. O como una ola que me transportaba. Sí, una ola, pues de repente me encontraba en otro elemento; y me dejaba acunar, atónita. ¿Con que eso era la música clásica? ¿Y yo lo había ignorado durante tanto tiempo?

Sin embargo, cada 1° de enero, Mutti enciende la televisión a la mañana para escuchar el *Concierto de Año Nuevo*, en Viena. Lo sigo con distracción, mientras pongo la mesa para la fiesta. En clase, Bricart nos pone a veces un disco: una sinfonía de Beethoven. Wagner. Mozart. Pero la audición viene siempre salpimentada con algún comentario pedagógico o un trabajo práctico. Hay que levantar la mano cuando reconocemos el tema, o si no escuchar el modo en que es retomado por el corno. Oh, el problema no se plantea sólo en música. Oriou también se especializa en hacer la autopsia de cualquier poema. Tal es así que el más mínimo texto de Rimbaud desmenuzado con cuidado por él se parece al final de la hora, al cadáver disecado de una rana. Después de esto, se comprende perfectamente cómo trabajó el poeta. Pero su texto se marchitó tanto como una flor de herbario.

Aquí, la música vibraba, desnuda, plena, auténtica.

Con los primeros compases, me prometí conseguir lo más rápido posible el fragmento que el pianista estaba interpretando. Tenía que volver a encontrar ese cóctel mágico de temblores, de inquietud, de felicidad...

Una vez concluida la sonata, el pianista no vino a saludar. Hasta parecía no ser sensible a los cerrados aplausos. Mi vecina se acercó a su marido para decirle:

—La *Wanderer Fantasie*<sup>3</sup> ¡Estuvo excelente!

—Sí. Notable. Casi mejor que Alfred Brendel.

Comprendí que la magia que me había transportado era debida, también, a la calidad del pianista. Intenté mirarle el rostro. Desde la segunda fila, eso tendría que haber sido fácil. Y bueno, no fue así para nada. Inclinada sobre el teclado, la cabeza del solista desaparecía debajo de su cabello. Conocía todas esas obras de memoria, sin duda. Tal vez hubiera podido tocar en la oscuridad, como esas dactilógrafas que escriben a máquina sin mirar nunca los dedos.

El segundo fragmento me condujo a un universo aún más exótico: el piano, por medio de acordes casi discordantes, se acercaba a orillas de colores desconocidos.

Luego siguió una marcha fúnebre grandiosa y magnífica... y, por último, un paisaje sonoro tan evocador que me pregunté cómo un simple piano podía reservar tantas posibilidades.

---

<sup>3</sup> *Wanderer Fantasie*, en alemán, quiere decir "Fantasía del caminante". (N. de la T.)

Delante de mí, varios periodistas fueron a fotografiar al solista cuando terminó el concierto, pero no pudieron más que atrapar su silueta. ¿Tan feo era ese muchacho, o tan abominablemente desfigurado, que buscaba esconderse detrás de semejante crin?

—¡Bravo! —gritaba mi vecino a más no poder.

—¡Bis, bis! —repetía su vecina.

No me quedé atrás en el momento de reclamar una nueva aparición del solista.

Volvió y se sentó. Luego, comenzó otra vez a tocar.

—Schubert —susurró de inmediato mi vecino, como para sus adentros.

Otra vez, un desconuelo casi familiar surgió de los acordes del teclado. ¡Schubert! Pero el fragmento parecía muy diferente de la *Wanderer Fantasie*. Era una queja larga, interminable. Una serie de confidencias, de esperanzas, de penas, de dudas... una letanía declamada por un músico desesperado: una verdadera novela puesta en música, cuyos últimos capítulos me arrancaron lágrimas, a mí, que hasta una buena película no logra hacerme llorar.

Fue entonces cuando comprendí, finalmente, el sentido de la palabra "lírico" que Oriou nos había explicado con una definición complicada.

Al morir las últimas notas (no hay otra palabra, era tan doloroso y patético como una agonía), el pianista sin rostro se levantó y vino a saludarnos. Se produjo una ovación formidable. Pero tuve la impresión de que no se conmovió: desapareció entre bastidores y no volvió a aparecer.

Cuando salí del concierto, Mutti comprendió enseguida que estaba muy conmovida.

—¡Jeanne, tienes una cara! ¿Qué tal estuvo?

—Fue algo... no puedes entenderlo, me faltan las palabras para explicártelo.

Sonrió con indulgencia.

—Bueno, para mí, ¡fue interminable! Tuve tiempo de corregir los deberes de dos cursos. Debe haberse prolongado el entreacto. ¿Qué tal, ese Riccorini?

—No hubo entreacto. Y no estaba Riccorini.

Le expliqué las modificaciones del concierto y le mostré el programa. Pero no nos serviría de mucho, pues no había anotado el nombre de las obras que habían sido interpretadas ni el del nuevo solista.

—Mutti, ¿has oído ya la sonata de Schubert... la *Wanderer Fantasie*?

—No, en fin, sí. Sé que Schubert ha compuesto muchas sonatas, y que una de ellas lleva ese nombre. Pero no podría identificarla si la escuchara por la radio. No conozco la música clásica tan bien como...

Mutti tuvo una breve vacilación. Estábamos en el auto, y en ese momento hizo entrar mal la primera (cosa que jamás le ocurre). Terminó en voz baja, muy rápido, arrancando nerviosamente, como molesta por haberse dejado llevar tan lejos:

—...tan bien como tu padre.

Mi padre es un tema tabú. Murió hace más de diez años. Mutti no habla nunca de eso. Oma y Florent, tampoco. Desde mi infancia, sé que hay palabras que no debo pronunciar.

Pero esa vez, Mutti había empezado.

## *El chico del banco*

Al día siguiente, fui temprano al dormitorio de Florent. Tomé su *discman* de la mesa de luz y revisé la pila desordenada de discos.

—Eh —protestó entre sueños—, ¿qué haces aquí?

—Busco unos discos de música clásica.

—En ese caso, vieja, será cuestión de minutos... Espera.

Santo, se levantó para buscar un C.D. de la pila.

—Toma. Es todo lo que tengo.

*Los Valses de Viena*. Sin nombre del compositor ni del intérprete. En una pequeña tapa de cartón. Era un disco comprado en el supermercado.

—¿Me prestas tu *discman*?

Se lo había regalado yo para Navidad.

Coloqué el disco y me puse los auriculares. Hubo diez compases de música en la orquesta, tras lo cual todo se embrolló definitivamente en un ruidito repetitivo.

—Eh, ¡no anda!

Lo saqué para examinarlo. Un horror.

—¿Sabes que los discos compactos no se limpian con rastrillo?

—Sí —refunfuñó Florent—. Creo que está arruinado. Me lo regaló mi amigo Joël.

A la tarde, fui a Virgin Megastore, el de Champs-Élysées. Vagué un momento en el sector "Clásica". Luego divisé en la caja a un vendedor de unos cincuenta años:

—¿Conoce la *Wanderer Fantasie*, de Schubert?

—Por supuesto. La encontrará entre los discos de la colección completa de música para piano o entre los de Schubert, por orden alfabético.

Me miró con curiosidad, dudó, luego agregó, casi en tono confidencial:

—Le recomiendo la interpretación de Alfred Brendel.

Era el mismo nombre que el que habían pronunciado mis vecinos el día anterior. Entendí que acababa de entreabrir la puerta de un club privado. Una casta. La música clásica no sólo tenía a sus compositores y sus intérpretes, sino también a sus finos iniciados. Me estaba aventurando en un mundo desconocido. ¿Quién habría de guiarme en él? Era exaltante y desalentador al mismo tiempo. Los primeros navegantes frente al océano deben haber sentido el mismo vértigo.

Encontré sin dificultad la *Wanderer Fantasie* por Brendel. El precio del disco no me hizo echar atrás. Después de todo, era el mismo que el del último cantante de moda. Pero a ese precio, mi futura discoteca tardaría mucho en superar los diez ejemplares...

De regreso en casa, me encerré en mi dormitorio con el *discman* de Florent. ¡Y reconocí de inmediato el primer fragmento oído la noche anterior! Mi emoción, mi alegría se tiñeron pronto de insatisfacción. Oh, el solista era excelente. Ya violento, ya sensible. Pero no era la misma interpretación. Era perfecto y, sin embargo, estaba decepcionada.

Además, la calidad del *discman* de Florent dejaba mucho que desear. Es cierto que no me había costado muy caro.

Pasé el resto del día escuchando mi disco. Más particularmente, la *Wanderer Fantasie*. Cuanto más la dominaba, más familiar sonaba a mis oídos.

Esa noche, me dormí con los auriculares puestos.

Durante los dos días siguientes, intenté encontrar entre mis compañeros alguno que pudiera compartir este interés por la misma música. En vano.

No hice, a decir verdad, una encuesta. Pero conocía a casi todos los alumnos de mi clase desde hacía tres años. Y además, me acordé de la primera clase de música en la que Bricart, el profe, nos había preguntado si alguno de nosotros tocaba un instrumento. Tres levantaron la mano: Carole y Adeline, que tocaban la guitarra —digamos más bien que "rascan las cuerdas" para cantar Cabrel<sup>4</sup> y Joël, que pasa el día entero entre su computadora y su sintetizador.

—No —insistió Bricart con una sonrisa—, quería decir un instrumento de orquesta: piano, violín, flauta... ¿No, nadie?

—¿Y tú, Mutti —le había preguntado cuando comenzó la semana—, no tendrás acaso en alguna de tus clases un *amateur* de música clásica?

—Puede ser. ¿Pero cómo saberlo? Oye, Jeanne, no voy a iniciar una investigación.

Me quedaba la clase de Bricart. Pero acercarse a ese profesor, aunque fuera para hablar de música, pasaría por una imperdonable tentativa de chupamedias.

Fue entonces cuando conocí a Daniel...

Acababa de salir del colegio. Había llegado, como siempre, a la plazoleta central que, entre las estaciones de subte Rome y Place Clichy, forma un amplio paseo donde los autos estacionan bajo los grandes árboles. Este lugar es el refugio de las palomas, de los sin techo y de los paseantes que buscan apartarse de la circulación del bulevar Des Batignolles. Cada cincuenta metros, hay dos bancos enfrentados. De costumbre, no me siento nunca allí, nuestro departamento de la calle Mont-Doré se encuentra a cinco minutos del colegio. Además, en gran parte por ese motivo, Mutti lo había comprado diez años atrás.

Reconocí enseguida al chico que estaba sentado en uno de los bancos del paseo. Era un alumno del colegio. Ya no recordaba su nombre, pero me acordaba muy bien de que la semana anterior nos había venido a dar a los alumnos de 2° año una clase especial sobre Schubert.

Hoy me doy cuenta de la suma extraordinaria de deducciones y de reflexiones que hice durante algunos segundos, hasta llegar al banco donde estaba sentado.

No conservaba un recuerdo deslumbrante de su clase sobre Schubert. Hoy, evidentemente, cobraría otra dimensión. ¿Qué había dicho, pues, Bricart? Ah, sí, que ese alumno era de tercero —año en que la clase de música es optativa—. Había elegido entonces esa materia no obligatoria. Y si había dado esa clase especial sobre Schubert, había sido deliberado de su parte: Bricart no acostumbra a imponer los temas.

En el momento, no pensaba acercarme a él. ¿Yo, acercarme a quemarropa a un alumno de otra clase? ¿Una clase superior a la mía? ¿Y a un chico, además? No, era impensable. Por otra parte, no había notado mi presencia. Estaba escribiendo.

En el instante mismo en que iba a pasar a su altura, levantó la mirada y me vio. Sin duda, me reconoció también, porque se sobresaltó y sonrió. Hasta tal vez, se puso un poco colorado.

Ese chico no era para nada mi tipo. Su físico no me decía nada, su cabello era demasiado corto; estaba vestido de una manera terriblemente convencional, con una camisa blanca abierta, un saco de lana a cuadros y un pantalón de algodón claro impecablemente planchado. En suma, me dio la impresión de ser alguien cohibido.

Como seguía mirándome, le lancé, en el tono más neutro posible:

—¡Hola!

—Buenas tardes —me respondió con una seriedad consternadora.

---

<sup>4</sup> Francis Cabrel es un cantante francés muy conocido. (N. de la T.)

En ese preciso instante, se decidió todo.

Hubiera podido, es lo que cualquiera hubiese hecho, seguir mi camino. Pero caminé más despacio, me detuve, le dije:

—Estuvo bien, el otro día, tu clase especial sobre Schubert.

Con eso, se puso escarlata, balbuceó buscando las palabras justas:

—No. Fue... ¡un completo fracaso! La semana anterior, la había dado en la sala de música. Con el piano. Y sin piano, esa clase ya no quería decir nada...

Sin saberlo, me estaba tendiendo una mano inesperada. Cosa de reactivar la conversación.

—¿Ah, sí? ¿Tocas el piano?

—Sí... Un poco.

—¿Conoces la *Wanderer Fantasie*, de Schubert?

Una chispa se produjo dentro de sus ojos. Tal vez, la que surge cuando comprendemos de golpe que nuestro interlocutor habla nuestro mismo idioma.

—Sí. ¡Evidentemente! Ah, Schubert...

Cerró la carpeta rayada que tenía sobre las rodillas. Descifré con una mirada el nombre escrito en la tapa: Daniel Dhérault. ¡Pero claro, ahora me acordaba!

Corrió el bolso que había dejado sobre el banco. Traduje ese gesto trivial como una invitación a sentarme junto a él. Pensé: "Nunca te atreverás a hacerlo".

Y, sin embargo, lo hice. Sabiendo que en las intermediaciones, diez o quince alumnos del colegio podían vernos y apurarse a extender la noticia por todas las clases. Debo haber pensado: "¡Qué te importa!". Pero me importaba mucho.

—El sábado pasado fui a un concierto de piano, en la Pleyel.

—¿Sí?

—Sí. Con Amado Riccorini.

—Uno de los pianistas más grandes que conozco...

—Pero estaba enfermo. Según lo que entendí, lo reemplazó uno de sus alumnos. Nadie lo ha lamentado. Fue un concierto extraordinario.

—¿Verdad?

Dejó pasar un momento de silencio. Parecía haber enmudecido. ¿Debería cargar con toda la conversación? No me sentía a la altura para hablarle del concierto.

—El pianista era fabuloso. Muy joven. Con un raro cabello largo: ¡imposible ver su aspecto! No retuve su nombre. Ni el de los otros fragmentos que interpretó. Es una lástima, pues me hubiera gustado conseguirlos.

—No será difícil. El concierto será transmitido el sábado que viene, por France-Musique. No tienes más que escucharlo.

Me quedé estupefacta por la información.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—¡Por Dios! Leo las programaciones: las últimas páginas de *Télérama*.

Recorro yo también la *Télérama* para saber qué programas pasan en la tele durante la semana (en realidad, qué películas pasan a la noche). Pero estaba a cien kilómetros de imaginar que se podía hojear esa revista para encontrar la programación de los conciertos. Esta vez, me hallaba ante un auténtico *amateur*. Agregó con más ironía que amargura:

—¡No todo el mundo tiene los medios para concurrir a los conciertos de la sala Pleyel!

—Oh, fue pura casualidad...

Se había roto el hielo. Le expliqué cómo fui al concierto. Cómo, al día siguiente, me había lanzado a una disquería para comprar la sonata de Schubert. Mi decepción no lo sorprendió:

—Eso no quiere decir que la interpretación de tu pianista fuera mejor que la de Brendel. La primera audición de una obra marca profundamente. Incluso si es mala, uno siempre tiene ganas de reencontrar la impresión original... Esta es la razón por la cual es

muy importante escuchar excelentes interpretaciones la primera vez.

Le confesé que no disponía más que del *discman* de mala calidad de mi hermano. Y de ningún otro disco de música clásica, con excepción del Schubert adquirido el domingo pasado.

—Te puedo prestar compactos. Pero tengo, sobre todo, discos de vinilo. En todo caso, tendrías que comprarte un buen tocadiscos.

Hablamos durante un largo rato. Media hora, creo. Cuando me estaba levantando para irme, agregó:

—Estoy a menudo en este banco. En otoño y en primavera. Para los discos, podemos darnos cita aquí...

Me apuré en aprobarlo. Además, nuestros horarios no nos permitirían vernos en los recreos del colegio.

Me alejé sin darme vuelta.



## *Debate en torno de un piano*

Durante toda la semana estuve al acecho de la eventual presencia de Daniel en el banco de la plazoleta. Pero no lo he visto. Sin duda, nuestros horarios no coinciden.

Daniel tenía razón: el concierto al que asistí estaba anunciado en *Télérama*. El sábado a la noche, Oma vino a ver *Jalna*. Aproveché para apoderarme de la gran radio del salón y me encerré con ella en mi dormitorio. Estaba preocupada, ¿iban a transmitir el concierto? En efecto, la duración del concierto había sido mucho mayor de lo que el programa anunciaba. Además, el solista no era Riccorini.

Por las dudas, había comprado dos casetes. Y puse el primero a grabar en cuanto el presentador anunció:

"Presentamos aquí, en diferido, el concierto interpretado en la sala Pleyel, el último sábado 1° de octubre. Debido a una indisposición de Amado Riccorini, el solista de esta noche será..."

Gané. Me enteré de una vez de todo lo que me faltaba: el nombre del pianista sin rostro, Paul Niemand, y el título de las obras que había escuchado: *Gaspard de la noche y Miroirs*<sup>5</sup> de Maurice Ravel, la *Marcha Fúnebre* de Liszt y, en el bis, la *Sonata en Si bemol mayor*, de Schubert.

Seguí el concierto, mi concierto. ¡Por poco no pretendía reconocer mis propios aplausos entre los del público! Pero dos horas y media más tarde, me quedé nuevamente frustrada. Si volvía a encontrarme con la interpretación de Schubert, lo que faltaba era el ambiente de la sala y la presencia del misterioso solista.

Al día siguiente, me reuní con Mutti bastante temprano en la cocina para el desayuno.

En casa, el domingo a la mañana ha sido siempre un momento privilegiado; el de los acuerdos, las confidencias, los proyectos, las grandes decisiones. Mutti y yo podemos pasarnos dos horas hablando, peleándonos también a veces. Pero es necesario. Hay que descargarse, una vez por semana, para respirar mejor. El problema es que, desde hace uno o dos años, me levanto cada vez más tarde.

Aquella mañana, hice un esfuerzo. Quería dar un gran golpe. Lancé:

—Mutti, algo ha cambiado en mi vida.

Estaba levantando la mesa. Me preguntó en tono burlón, sin darse vuelta:

—¿Cómo se llama?

Me reí de buena gana:

—No, Mutti. No es un chico. Es la música.

—¿Seguro? ¡Yo, sin embargo, creo que ese pianista te ha embrujado!

—Oye, Mutti, es en serio. Me gustaría... me gustaría poder escuchar música. Con un equipo de mejor calidad que la gran radio del salón.

—Muy bien, es una idea para el regalo de Navidad. ¿Era eso lo que querías sugerirme?

—Es más complicado que eso. Me gustaría...

Me tiré a la piletta:

—¿Sería posible que tuviéramos un piano?

Mutti se había vuelto a sentar enfrente de mí. Empalidecía segundo tras segundo.

—¿Un piano? ¡Mi Dios! ¿Pero dónde piensas meterlo?

Es verdad que el departamento no es grande. Florent y yo tenemos cada uno su

---

<sup>5</sup> *Miroirs*, en francés, quiere decir "espejos". (N. de la T.)

cuarto. A Mutti le parece importante. En cuanto a ella, arregló la mitad de la sala de estar en una especie de monoambiente donde trabaja y duerme.

—No sé. En mi cuarto. O en el vestíbulo, en lugar de la cómoda.

Suspiró. Mala señal.

—¿Pero por qué un piano, Jeanne? ¿Acaso no estás pensando en aprender a tocar el piano ahora?

—¿Por qué no?

—¿Quieres razones? Hay mil. Cuando uno desea aprender en serio a tocar un instrumento, Jeanne, no empieza a los quince años. Además, lleva mucho, mucho tiempo. En segundo año, tienes otras cosas que hacer. Y será aún peor el año que viene, créeme. Ese instrumento se convertirá en una especie de juguete enorme y lujoso del que te cansarás muy rápidamente. Dentro de seis meses, tendremos que sacárnoslo de encima. Oye, Jeanne, a tu edad, no vas a tener caprichos como los de tu hermano, ¿no?

Florent, desde hace dos años, acumula antojos. Un día declara que quiere ser analista de sistemas y reclama una computadora a los gritos. Tres días más tarde, un amigo le presta una superbicicleta y descubre su vocación de campeón de ciclismo. En este momento, está más bien enganchado con la electrónica.

—Y además, un piano cuesta caro —concluyó Mutti.

En casa, el dinero constituye el argumento definitivo: el que Mutti usa en caso de último recurso. Sé que somos cuatro personas viviendo con su sueldo docente (la pensión que recibe Oma ni siquiera alcanza para pagar los gastos de su pequeño departamento). Tuve el mal gusto de insistir:

—¿Incluso un piano común? ¿Un piano de segunda mano? Recuerda lo que me dijiste un día: "Nada cuesta realmente caro. En la vida, sólo se trata de elección y de sacrificio". Bueno, si elijo un piano...

—Justamente. Un equipo de música, un piano, tiempo, son demasiadas cosas a la vez, Jeanne. Demasiadas. Realmente, demasiadas.

Sé que estuve mal. Sé que le hice mal. Pero mi reacción estaba a la altura de mi decepción. Con cara de quien no quiere la cosa, untando una galletita con manteca, murmuré:

—Antes, teníamos un piano de cola...

Mutti quedó demudada. Su mirada se perdió en el vacío y se encontró con un pasado que se niega a afrontar. Muy rápidamente se recuperó y se encogió de hombros.

—Ni siquiera te acuerdas. No tenías cuatro años.

—¡Me acuerdo perfectamente!

—No. Cultivas el recuerdo de lo que te he contado.

—¿Qué recuerdos? ¡Tú no tienes recuerdos, Mutti!

Conozco bien ese ligero temblor de su garganta y esa súbita humedad de su mirada. Me arrojé hacia ella para abrazarla.

—Mutti, perdóname, soy injusta. No hubiera tenido que...

Se sonó la nariz y continuó:

—No había otra solución, Jeanne. ¿Qué querías que hiciéramos con ese piano? Después... después del incendio de la casa de Provence, es cierto, vendí todo lo que quedaba: el piano, los grabadores, el equipo de música... pues tu padre tenía uno maravilloso, ¡imagina! Con la plata del seguro, compré este departamento en París. Al menos pagué dos terceras partes, porque todavía hoy sigo pagando un crédito... Este departamento era una oportunidad que no había que dejar pasar, porque se encontraba en el mismo edificio que nuestro monoambiente, que hoy ocupa Oma. Nunca hubiera podido seguir viviendo en el sur. Tenía que asegurar tu futuro, el de Florent... ¿Cómo puedes reprocharme hoy que haya vendido ese piano de cola?

—Sabes perfectamente que no te lo reprocho. ¡Por favor, Mutti, no te justifiques!

—Mira, Jeanne, hablaremos de todo esto un poco más adelante, ¿de acuerdo?

Es también una costumbre de familia: postergar sin cesar para después lo que no puede ser resuelto en el día mismo. Sabía bien lo que Mutti esperaba, que mi interés por la música se disipara tan rápido como había aparecido.

Se equivocaba.



## *Daniel está en el lugar de la cita*

El martes siguiente, al salir del Chaptal, me di cuenta, de que estaba impaciente y emocionada; me preguntaba si Daniel, esta vez, se encontraría en el banco como la semana pasada. Temía un poco esa segunda entrevista, pero la anhelaba mucho también.

Ahí estaba.

Lo sorprendí mientras estaba ocupado escribiendo en la misma carpeta de rayas rojas y blancas. Cuando me senté a su lado, se sobresaltó y la cerró de golpe, como sorprendido en falta.

—Hola. ¿Te asusté?

—Oh, buenas tardes...

Parecía inhibido y me confesó, tartamudeando un poco:

—Oye, no... no sé ni siquiera cómo te llamas.

—Jeanne. Jeanne Lefleix.

¿Por qué había agregado de modo tan estúpido mi apellido? Una vieja costumbre escolar, sin duda.

—¿Eres de la misma familia que la señora Lefleix, la profe de alemán?

Demasiado tarde.

—Sí. Soy su hija. En fin... más exactamente, ella es la segunda mujer de mi padre. Mi madre se murió cuando nací. ¡Pero la considero exactamente como mi madre!

Daniel agachó lentamente la cabeza, como para digerir todas esas informaciones. ¿Por qué le contaba esos secretos? Hace tres años que concuro al Chaptal y nunca confíé nada a ninguna compañera.

Sonrió amablemente:

—Tu madre es mi profe de alemán desde hace dos años. En segundo año, nos llevó a Berlín. Es muy simpática...

—Oye, Daniel, discúlpame. Pero mi madre no es mi tema de conversación preferido. El año pasado, estaba en su clase y cada hora de alemán era el infierno. Trata de olvidarte de que soy la hija de la señora Lefleix, ¿O.K.? ¿Escuchaste el concierto el sábado pasado?

—Sí.

—Entonces, ¿qué te pareció?

—No estaba mal.

—¡Estuvo genial, quieres decir! Ah, si hubieras ido al concierto...

Daniel revisó su bolso y sacó unos diez C.D.

—Me acordé de ti. Desgraciadamente, no tengo muchos compactos. Hubiera preferido hacerte oír otros, pero son de vinilo. Aquí, hay poco piano y mucha música sinfónica.

Daniel me prestó tres sinfonías de Beethoven, la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz, la *Pasión según San Juan* y los seis *Conciertos brandemburgueses* de Bach, la *Sinfonía Inconclusa* de Schubert y...

—¡La *Wanderer Fantasie*! Este puedes llevártelo, lo compré la semana pasada. ¿Por cuál debo comenzar?

—Tal vez, por la *Sinfonía Pastoral*. Luego, por la *Inconclusa*, de Schubert. No sé, es delicado. ¿Nunca escuchaste nada de todo esto?

—No. Me estoy iniciando.

Debía parecerle verdaderamente simplona. Lo mismo daba ir hasta el final:

—Dime si es una buena idea, Daniel: me gustaría aprender a tocar el piano.

Pareció muy sorprendido y sonrió con algo de indulgencia.

—Tener interés por la música, creo que es siempre una buena idea. Sea cual fuere el medio utilizado.

—Mi madre cree que ya soy grande para comenzar. ¿Es cierto?

—La música es como el deporte. Si quieres competir, tienes que comenzar de chica, entrenarte sin parar. Imagina que quieras hoy convertirte en campeona olímpica de natación. Pero hay un pequeño problema y es que no sabes nadar. Puede resultar difícil... Aun teniendo mucha capacidad, pasarás diez años perfeccionándote. Y serás siempre superada por los que han empezado antes que tú.

Clavó su mirada en mí unos segundos, luego bajó los ojos. Agregó, como si hubiera temido herirme:

—Pero nada te impide aprender piano por el sólo placer de hacerlo. Se puede practicar un deporte o tocar un instrumento sin tener la competición por objetivo.

—¿Tocas el piano desde hace mucho tiempo?

—Sí. Varios años.

—¿Y te entrenas todos los días?

—¡Por supuesto! ¿Pero cómo explicarte? Perfeccionarse, fijarse objetivos, superarse sin cesar... ¡me encanta todo eso!

—¿No hay otros instrumentos que se puedan aprender a tocar más rápidamente?

Estaba pensando en instrumentos menos costosos. Y, sobre todo, que ocuparan menos lugar. Él reflexionaba sin contestar y no me sacaba los ojos de encima. Me sentí casi molesta. Insistí, desviando la cabeza:

—Qué sé yo... ¿el violín? ¿La flauta?

Daniel se rió. Mis preguntas debían parecerle ingenuas.

—El violín no, por cierto no. De todas maneras, hay que empezar por el solfeo.

Puse mala cara. La palabra me hacía pensar demasiado en Bricart, la clave de sol, la lectura, la medida...

—Hay un instrumento —dijo de repente—, en el que nunca pensamos. Un instrumento gratuito, que uno siempre lleva consigo y que se puede trabajar como uno quiere. Un instrumento extraordinario y tan personal que se lo puede reconocer entre mil cuando es tocado.

—¿Cuál?

Estaba suspendida de sus labios. ¿Existía un instrumento así y el mundo entero lo había ignorado hasta hoy?

—La voz.

Caí de bien alto.

—Es un chiste.

—Para nada. A menos que tenga un oído abominable, cualquiera puede aprender a cantar. Y hasta sin talento particular, sin timbre excepcional, uno puede formar parte muy rápidamente de un coro.

Daniel no me convencería. Ignoro por qué, pero sentía la necesidad de un soporte. Sí, me hacía falta un instrumento en el cual soplar, sobre el cual golpear, un instrumento con cuerdas para rasgar, frotar, algo que fuera un intermediario entre la música y yo. Producirla directamente, con mi propia voz, me parecía... ¡demasiado fácil y complicado! De hecho, casi indecente. Un instrumento debía ser una especie de ropa bajo la cual esconderme.

Seguimos hablando media hora más. Luego, nos citamos para la semana siguiente. Iba a devolverle sus discos.

## *Revelaciones, traición, explicaciones*

Mientras hojeaba la *Télérama*, una foto de página entera me produjo un shock: era mi pianista sin rostro, sorprendido durante su recital. Aunque había sido tomada de frente, la cara del solista, inclinada sobre el teclado, desaparecía detrás de su inverosímil cabello oscuro. Me lancé sobre el artículo, cuyo título afirmaba: "NACE UNA ESTRELLA".

El crítico musical no era avaro en elogios. Me sentí emocionada y orgullosa. Primero, no me había equivocado acerca del valor del pianista. Luego, una casualidad extraordinaria me había hecho asistir a la eclosión de un talento excepcional. No había duda de que Paul Niemand (afirmaba el periodista) se convertiría en uno de los grandes solistas del siglo XXI. Más adelante, podría afirmar: "Asistí a su primer concierto".

Me puse a hojear la revista con mayor atención, las críticas de los últimos discos editados, los programas de la semana... Observé detenidamente los de France-Musique y Radio-Classique e instalé para siempre la radio de la sala en mi cuarto.

Escuché una y otra vez, indefinidamente, los discos que Daniel me había prestado.

La *Sinfonía Pastoral* fue una revelación. Hoy, me doy cuenta de la ayuda que me han brindado las breves indicaciones del compositor. Fui reconstituyendo en mi imaginación el ámbito campestre, los bailes de los campesinos... luego, de golpe, el cielo que se cubre de nubes amenazadoras, los estruendos anunciadores y, por último, la tormenta que se desencadena, antes de apaciguarse, desaparecer y dejar lugar a la naturaleza renaciente después de la lluvia.

¿Cuántas veces escuché esta sinfonía?

Tuve más dificultades para entrar en el mundo de la *Sinfonía Fantástica*, de Berlioz. Durante un momento, me sentí perdida por las sonoridades, muy diferentes de las que, en Schubert y Beethoven, se habían vuelto tan familiares para mí.

El martes siguiente, Daniel intentó explicarme las razones de mis dificultades:

—El oído se educa, como el ojo o el paladar. El oído es igual a los demás sentidos, aprecia primero lo que conoce. Y nosotros estamos familiarizados con una música tonal.

—¡Daniel, no me hables con palabras complicadas!

—Bueno. La mayor parte del tiempo, una música está hecha con un tema escrito en un tono particular, como Do mayor. Y ese tema, una vez expuesto, es retomado. Así te familiarizas con él.

—¿Pero qué sentido tiene desmenuzar todo? ¿Acaso no basta con que la música guste?

—Sí. Pero para que guste, ¡debe obedecer a lo que el oído acostumbra a escuchar! Si no, se encuentra impresionado, desorientado, perdido. En su época, Berlioz provocó un escándalo, sus obras rompían con la tradición. Esa es la razón por la cual tuviste más dificultades para apreciarlo. ¿Pero, ahora?

—Lo entiendo. Sin embargo, tus discos de Bach...

—¿Y bien?

—¡Imposible!

—Es demasiado pronto —dijo Daniel—. Me equivoqué.

Debía ocurrir. Daniel y yo hemos sido descubiertos.

¿Quién fue el espía que dio la señal de alarma?

Un domingo de noviembre, Mutti aprovechó que Florent seguía en la cama. Durante el desayuno que estábamos tomando juntas en la cocina, deslizó, como de casualidad, en el curso de la conversación:

—A propósito, nunca me hablaste de ese chico...

—¿Qué chico?

Yo no era tonta. Pero dado que el ataque era la mejor de las defensas, ya estaba mostrando los dientes.

—Ya sabes: aquel con quien te quedas a veces el martes, después de clase, en la plazoleta del subte.

—Bravo. Estás bien informada. Felicita a tu informante de mi parte. ¿Quién es?

Mutti se hizo la sorprendida:

—¡Oye, Jeanne, no es un drama! Tienes derecho, perfectamente, de...

—¿Una de mis encantadoras compañeras de clase? ¿Cuál?

—¡No seas tan tonta! Y, además, me parece que estás desviando la conversación. Ese chico...

Con mi voz más seria ofrecí un discurso que tenía reservado para el caso en que me hiciera la pregunta:

—Y bien, ese chico se llama Daniel Dhérault. Está en tercer año. Le interesa la música y me presta discos, los martes, en efecto. Si quieres conocer nuestras conversaciones en detalle...

—¡Ah, Jeanne! ¡Ya es suficiente! No quería espiarte.

—Desgraciadamente, no tengo muchos más detalles para darte. Pero tú, en cambio, podrías decirme ahora...

La obligué a mirarme. Iba a hacerle la guerra hasta que confesara...

—¡El nombre del que te brindó tan preciosa información!

Mutti no estaba muy orgullosa de sí. Si eludía la pregunta, el domingo y los días siguientes iban a ser muy tensos. Sacudió la cabeza, visiblemente contrariada consigo misma.

—Te equivocas en toda la línea, Jeanne. Es un colega mío, simplemente. ¡Y no se trata de una denuncia! El otro día, en la sala de profesores, me dijo que te había visto varias veces en un banco y simplemente, me preguntó quién era el chico con el que estabas saliendo...

Traté de no gritar:

—¡Mutti, no estoy saliendo con Daniel Dhérault!

Fui a mi dormitorio a buscar algunas pruebas, los discos que me había prestado el martes anterior. Mutti se negó a mirarlos y a seguir escuchándome. Me tomó entre sus brazos, y se disculpó balbuceando:

—Jeanne, no me guardes rencor, no era curiosidad desubicada. Ignoraba por completo quién podía ser ese muchacho. Imagina que...

—Eres tú, Mutti, quien tiene demasiada imaginación.

Se acababa de establecer el armisticio. Pero para que se instaurara la paz, necesitaba una última información:

—Ese colega tuyo, Mutti, ¿quién es?

—Michel Oriou, tu profe de francés. No hubo maldad de su parte, te lo aseguro.

Florent nos interrumpió haciendo su aparición en la cocina. Creí que el caso estaba archivado.

Por la tarde, cuando ya casi había olvidado el incidente, Mutti vino a verme a mi dormitorio. No la oí entrar, estaba ocupada redactando una ficha de lectura de *Un corazón simple* de Flaubert, y escuchando la *Sinfonía N.º 4* de Schumann con el *discman* de Florent.

Mutti corrió uno de los auriculares para deslizarme simplemente al oído:



—Daniel Dhérault es uno de mis alumnos. Lo tengo en clase desde hace dos años. Quería decirte nada más que es un chico encantador. Y además, lo cual no empeora las cosas, tiene excelentes notas en alemán...



## *Los discos de mi padre*

Quince días antes de Navidad, tuve la segunda revelación del año. Otra vez fue un domingo, durante el desayuno. Mutti y yo estábamos hablando de la organización de las fiestas de fin de año, de las compras por hacer, de los menús...

—En cuanto a tu equipo de música, ¿estás segura de que también quieres un tocadiscos?

Iba a recibir el equipo de música para Navidad: Mutti, Florent y Oma habían decidido regalármelo. Desde hace algunos años, los regalos que Mutti me hace ya no son verdaderas sorpresas. Prefiere preguntarme con precisión lo que quiero. Hace tres años, me regaló un conjunto que jamás me puse y se juró a sí misma, desde ese día, consultarme antes.

—Sí. Comprendes, Daniel tiene un montón de discos. Y me los prestará.

—Ya no se fabrican los de 33. No vas a encontrar muchos.

—No importa. Los compraré usados.

—No vale la pena. Creo que...

Mutti estaba untando un pedazo de pan. Suspendió su gesto y empalideció. Comprendí que acababa de tomar conciencia de algo importante e inesperado.

—Mutti... ¿qué pasa?

—Tenemos discos de vinilo, Jeanne. Los de tu padre.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En la baulera. En una... no, en dos grandes cajas metálicas.

—¿Y ahora me lo dices?

—Jeanne... ¡Te juro que me había olvidado!

Sé que Mutti quiso borrar el pasado. No lo evoca nunca. Y yo vacilo en interrogarla. Las veces que lo hice, di siempre contra una pared, o contra un mar de lágrimas.

—Creí que se había quemado todo.

—El auditorio no. Los discos estaban adentro. Con el piano, los grabadores y su aparato.

—¿Pero no has vendido todo?

—En la sala de ventas de Draguignan, me ofrecieron una suma irrisoria por los discos. Y además eran sus discos, ¿comprendes?

—¿Pero tal vez, hay fotos allí?

—No. No te hagas ilusiones, Jeanne. La correspondencia, los archivos, los álbumes... todo estaba en la casa.

Temblaba de excitación, de alegría y de miedo, todo mezclado.

—¿Y has dejado eso en la baulera, Mutti? ¿En la baulera? ¡Quizás, esté todo enmohecido o devorado por las ratas! ¡La llave, dónde está la llave!

—Jeanne, por lo menos, vístete.

Bajamos tres veces por año a la baulera. La mayoría de las veces es para guardar los objetos que ya no usamos. Está superllena. En cuanto abrí la puerta, medí la dimensión de la tarea que me aguardaba.

Metódicamente, saqué al pasillo oscuro mi antiguo dormitorio de niña, una cómoda llena de ropa pasada de moda y un arsenal de viejos juguetes que Florent y yo queríamos conservar.

Por fin vi, apiladas una sobre otra, las dos cajas en cuestión. Eran enormes. Fui

incapaz de levantar la primera, debía pesar más de cien kilos. La abrí. Había allí, cuidadosamente guardados, decenas, centenares de discos.

Con el corazón a mil, tomé el primero; todavía estaba envuelto en celofán. Nunca había sido abierto. Al mirar la parte de atrás de la tapa, comprendí por qué. La grabación era de 1985, el año de la muerte de papá. Le habían enviado este disco y ni siquiera tuvo tiempo de escucharlo. Junto a cada uno de los fragmentos, se indicaba la fecha precisa de la grabación. Por ejemplo, al final de los cuatro movimientos de la *Cantata BWV 51* de Bach, decía en la tapa: "Grabado el 17-20/12/1982 & 6-7/8/1983". Y después de los tres movimientos de un *Concierto para trompeta* de Albinoni decía: "Grabado el 29/10/1984".

Pero mi mayor emoción fue cuando descubrí, en letra minúscula:

*Grabación realizada en Londres,  
Abbey Road Studios  
Director artístico: John Fraser  
Ingeniero de sonido: Oscar Lefleix*

Así, tenía entre las manos un disco grabado por mi padre. Y finalmente, veía su nombre impreso. Tenía la prueba tangible de que había existido. Febril, saqué un segundo disco, al azar.

Era otro de música clásica:

*La cantata sagrada de Bach por el conjunto de cobres André Bernard.*

Di vuelta la tapa, que también precisaba:

*Grabación realizada en la iglesia luterana  
San Juan en París, noviembre de 1976  
Director artístico: Iván Pastor  
Ingeniero de sonido: Oscar Lefleix*

Sola en esa baulera sombría y atiborrada, tuve un momento de euforia. Por primera vez en mi vida, tenía testimonios concretos de mi padre, objetos que él había tocado, utilizado y, además, grabaciones realizadas por él. Y encima, de música clásica. Centenares de discos. De golpe.

Murmuré:

—Es un regalo maravilloso, papá. Gracias.

Subí a casa con una pila de discos. Mutti, que estaba lavando los platos, me miró con ternura y con algo de incomodidad.

—Jeanne, no tienes que guardarme rencor. Cuando llegué aquí con ustedes hace diez años, no tuve el valor suficiente para abrir esas cajas. No hubiera soportado volver a ver todos esos discos. Y además, tenía otras cosas que hacer que escuchar música. El departamento ya estaba tan lleno de cosas...

—Comprendo, Mutti. No es grave. Lo esencial es que las cajas existen. Que yo las haya recuperado. ¿Estás segura de que no hay nada más?

—Sí. ¿En qué estado se encuentra todo?

—Espero que nada se haya dañado.

Después de un instante de vacilación, tomó uno de los discos de una pila: *Obras para guitarra*, de Villa-Lobos. Tuvo una sonrisa lúgubre.

—Me acuerdo de este.

—¿Lo ha grabado papá?

—No. Oscar... tu padre recibía gran cantidad de discos. También, compraba muchos. Era uno de sus grandes placeres cuando volvía del interior o del extranjero. Iba al auditorio y escuchaba música. Ibas con él, a veces. Debí hacerte escuchar algunos de

estos discos... ¿No te acuerdas?

Apenas era una pregunta. Se respondió sola:

—No, claro, eras tan pequeña.

Fui a sacar a Florent de la cama.

—¡Arriba, vago! Necesito ayuda de un hombre fuerte.

En cuanto supo que se trataba de su padre, su interés se despertó.

No conseguimos levantar la primera caja. Tuvimos que vaciarla. Mi hermano y yo formamos una cadena para transportar todos los discos al cuarto piso. Mutti frunció el ceño enseguida:

—¿No pensarás poner todo eso en tu cuarto?

—Sí. Pero quédate tranquila, dejaré lugar para mi futuro equipo de música.

Y cuando iba a responder, agregué:

—¡Considérate feliz, te has liberado del piano!

—¿Centenares de discos de 33? ¿En la baulera? ¿Pero por qué?

Daniel me fastidiaba con sus preguntas. Estaba absolutamente contenta de mi hallazgo y él quería explorar un pasado que no le pertenecía. Tuve que explicarle cómo, después de la muerte de mi padre, los discos habían sido relegados y luego olvidados en el sótano. Fue entonces cuando comprendí a Mutti. Hablar de ese acontecimiento me conmovió; Daniel no se dio cuenta seguramente. No midió la importancia de mi descubrimiento.

—¡Sin duda, muchos de esos discos podrían interesarte!

—Tal vez. Pero son los discos de tu padre. No pienses en prestármelos. Los discos de vinilo son frágiles, se gastan rápido y pueden rayarse.

—¡Pero tú estás dispuesto a prestarme los tuyos!

—Oh, no es lo mismo, justamente: son míos... ¿Te vas a algún lado para las fiestas? —continuó, después de un silencio.

—No, nos quedamos aquí. Espero mi equipo de música con impaciencia. Con esta provisión inesperada de música, ¡no me aburriré!

—Yo también me quedo en París —murmuró, bajando la cabeza—. Había pensado que...

No me dijo qué. Daniel forma parte de esa gente que sabe comenzar una frase, pero no encuentra las palabras para terminarla. Me extendió un pedazo de papel.

—Toma, es mi número de teléfono.

Le di el mío. De repente, me pareció torpe, tímido, desorientado. No tenía nada más que agregar. Ah, sí:

—No estaré aquí la semana que viene.

—Pero creía que... ¿No querías prestarme tus discos?

—Sí. Pero eso puede esperar, ya que ahora tienes tantos.

Comprendí, pero un poco tarde, que acababa de suprimir una de las razones para vernos. Quise volver atrás enseguida, decirle —y era cierto— que necesitaba muchísimo sus consejos, su guía... Entonces, esta vez, él se levantó y me dijo:

—Bueno... ¡hasta la vuelta! Te deseo felices fiestas.

No tuve tiempo de responderle, ya se alejaba a grandes pasos.



## *Misteriosas cintas magnéticas*

La Navidad ha sido muy especial este año.

Oma y Mutti no se burlaron de mí: mi equipo de música es una pequeña maravilla que debe haber costado más caro de lo previsto.

—Puedes agradecerle a Oma —dijo Mutti—. Ha pagado una gran parte.

—Pero los discos —protestó Florent—, ¡los discos de papá no son de Jeanne!

—No —afirmó Mutti—. Son de todos, quédate tranquilo. Por ahora, Jeanne los tendrá en su dormitorio. Más adelante, los compartirán.

Confusamente, Florent iba comprendiendo la importancia de mi descubrimiento. Se sentía tan dueño de los discos como yo. Pero esa música no le interesaba.

En cuanto a mí, recibía perfectamente las transmisiones de France-Musique y Radio-Classique. Mi problema era el lugar. Dentro de las cajas, los discos ocupaban poco espacio. En mi cuarto, era todo lo que se veía. Intenté establecer un inventario y clasificarlos. Consultando la parte trasera de las cajas y de las tapas, encontré fechas y lugares.

A falta de tener un retrato de mi padre, he reconstituido una parte de su itinerario. Me puse a pasear por su vida, de concierto en sinfonía.

Comencé escuchando las sinfonías de Beethoven y sus cinco *Conciertos para piano*. El conjunto está en un álbum fechado en 1970. El nombre de papá no figura en ningún lugar, pero Mutti ha sido precisa, en esa época, era él quien grababa todo cuanto interpretaba la Orquesta Nacional de la O.R.T.F.

Daniel me lo ha confirmado. El rol del ingeniero de sonido está lejos de ser menor. No es el compositor, ni el director, ni siquiera uno de los ochenta intérpretes de la orquesta, y, sin embargo, la calidad del sonido depende de él. Puede dar mayor importancia a las cuerdas, a los cobres, a los timbales, puede hacer retroceder al piano o, por el contrario, destacarlo. Una vez grabada la obra, es el segundo director, el que va a borrar los defectos y dar un poco más de color a tal o cual instrumento... No es por casualidad que el nombre del ingeniero de sonido figure en las tapas de los discos, ya que cada grabación lleva su marca. Y más allá de la música que escucho, trato de reconocer la firma de mi padre.

Al abrir la segunda caja, Florent y yo nos llevamos una sorpresa: no sólo contenía discos, sino también cintas magnéticas. No esos pequeños casetes de audio ordinarios, sino enormes cintas de varios cientos de metros de extensión. Mutti las reconoció:

—Son las grabaciones con las que estaba trabajando.

—¿Y no las has escuchado nunca? ¡Tal vez, esté su voz grabada!

—No. No te hagas ninguna película, Jeanne. Son, sin lugar a dudas, grabaciones fallidas o abandonadas. Hasta, tal vez, son cintas vírgenes.

No tenía grabador para escucharlas. Estaban desnudas, sin caja. Me intrigaban. Daniel, quizás, sabría cómo pasarlas.

A Daniel lo volví a ver el segundo martes de enero. A pesar del frío, estaba escribiendo en el banco de la plazoleta. Al verme, se levantó y me dijo con gran solemnidad:

—Te deseo un muy feliz año, Jeanne.

—Yo también, Daniel. ¡Feliz año! ¿Nos damos un beso?

Sus mejillas estaban heladas.

—¿Estás esperando desde hace mucho?

—Oh, no te estaba esperando especialmente.

—Ven, caminemos un poco. Si no, vamos a congelarnos.

Automáticamente, tomé el camino para mi casa. Le hablé de los discos que había escuchado durante las vacaciones. Y de las misteriosas cintas magnéticas.

—Mi padre tiene un grabador que, seguramente, puede leerlas. Tienes que mostrármelas. O debes venir a casa, si quieres escucharlas.

Dudé. Habíamos llegado a mi casa.

—¿Quieres subir? Voy a mostrarte las cintas magnéticas. Te llevarás una. Y de paso, verás mis discos, en fin, los de mi padre.

Ahora, él parecía dudar. Creí adivinar lo que lo hacía echarse atrás:

—Quédate tranquilo, mi madre no está. Tiene clase hasta las cinco y media.

Se negó a tomar el ascensor, pero llegó al cuarto piso antes que yo. Florent, que estaba merendando en la cocina, evidentemente nos vio. Le grité:

—¡Es Daniel, un compañero!

Daniel insistió en ir a darle la mano a Florent. Me pareció ridículo. Lo llevé a mi dormitorio. Se detuvo en el umbral. Su mirada quedó detenida en la gran foto en blanco y negro que está pegada arriba de mi cama.

—Es Paul Niemand. El pianista que...

—Sí, lo he reconocido. Vi su foto en *Télérama*.

Finalmente, vio los discos. Abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Pero qué colección!

Entró con un extraño respeto que me conmovió. Se arrodilló ante una pila de discos de 33, tomó un álbum...

—*Dafne y Cloé* por Daniel Monteux... ¡Ah, este es un verdadero clásico! Y allí... la *Missa Solemnis* de Beethoven en su primera versión, por Karajan. ¡Yo tengo la tercera, que es de 1975!

Parecía un astrónomo descubriendo, de una sola vez, todas las estrellas de una galaxia. No podía contenerse, exclamaba, se asombraba de álbum en álbum. Me llenaba de consejos múltiples y contradictorios:

—Debes comenzar sí o sí escuchando este... No, mejor este otro. Espera... ¿Tienes también las *Obras completas para laúd* de Bach por John Williams, de cuando era guitarrista? Por Dios, es la edición original... ¿Y tu padre fue el ingeniero de sonido de todo esto?

—No siempre. A veces, su nombre está escrito atrás.

Los roles se habían invertido de repente. Daniel se encontraba súbitamente en el papel del que admira y aprende. Le dirigí a mi padre un agradecimiento mudo al otro lado del tiempo.

—Llévate todos los que quieras, Daniel. Sé que serás cuidadoso.

—No, no... Ahora no. Después, tal vez. Tengo tan poco tiempo en estos días. ¡Tú debes escucharlos! Muéstrame las cintas magnéticas.

Las examinó, puso mala cara.

—¿Puedo llevarme una? Quédate tranquila, seré muy cuidadoso. Te la devolveré el martes que viene.

—Supongo que sabrás bastante rápido qué hay ahí.

—No forzosamente. Es complicado esto de las cintas magnéticas. Todo depende del grabador en el cual fueron grabadas. Comprende, a veces hay varios canales y diferentes velocidades. Pero si estas han sido grabadas en la Casa de la Radio en los años setenta, deberíamos poder pasarlas.

—¿Es tu padre el que tiene grabadores? ¿No será por casualidad él también ingeniero de sonido?



—No, no. Pero también se dedica un poco a la música. Ahora me tengo que ir. Eran las cinco y veinticinco. Se fue como un ladrón.

Aquella misma noche, Florent abrió la boca. Es cierto que no le había pedido discreción. Pero esas cosas se perciben. Salvo, sin duda, a los diez años. Durante la cena, dijo en un tono falsamente entusiasmado:

—Parece bueno Daniel.

—Sí, es muy bueno —respondí brevemente.

—¿Qué Daniel? —preguntó Mutti—. ¿Daniel Dhérault?

—Sí, estuvo aquí hace un rato —creyó Florent indispensable agregar.

—¿Ah, sí?

En ese momento, debía estar tan escarlata como la ensalada de tomates. Confirmé el rumor:

—Quería mostrarle los discos. Y le di una de las cintas magnéticas de papá. Me gustaría saber qué tienen.

Mutti, con toda seguridad, esperaba detalles. Debe haberse decepcionado. Tras un instante de silencio, agregó, como para apaciguar el debate o mostrar su amplia visión de las cosas:

—Sí. Daniel Dhérault es un chico muy bueno.

Esperaba, sin duda, que le hiciera preguntas sobre él. Sobre su carácter o su conducta en clase. Preferí esperar hasta la mañana siguiente. En cuanto Mutti se fue al colegio, fui a mirar en su escritorio. Sé dónde guarda las fichas que hace completar a sus alumnos a principio de año. Encontré rápidamente el paquete de tercer año y la ficha de Daniel, clasificada por orden alfabético. Daniel tenía un año más que yo. Vivía en la calle Carpon, en el distrito N° xviii, a cinco cuadras de casa. Con una letra algo clásica, escribió:

*Profesión de los padres*

*Madre: sin profesión. Inválida.*

*Padre: compositor/orquestador.*

Y después de haber escrito lo que mi madre había dictado: "Lo que quiero hacer más adelante", había dejado un espacio vacío.



## *Mi padre era compositor*

El sábado siguiente, Oma vino a pasar la noche en casa. Quería ver por televisión una serie lacrimógena e interminable. Como lo hacía ya desde hacía un tiempo, me encerré en mi dormitorio para escuchar uno de los discos encontrados en las cajas.

Había dejado de lado varias cajas que aún no había abierto. Cuatro de ellas me intrigaron, no tenían marca particular ni título alguno. Su tapa era una ilustración abstracta: una reproducción de cuadros del pintor Vasarely. En la primera, no había discos, sino varios cuadernos de hojas pentagramadas. Eran partituras. Partituras manuscritas.

Vací la caja.

Mi corazón se puso a latir con fuerza. Comenzaba a comprender. O, al menos, a adivinar.

Hojeé rápidamente los primeros cuadernos. Allí no había ninguna mención manuscrita, sino, bajo racimos de notas, a veces, la indicación "agitato" o "tranquillo". Además parecían más bien borradores, como si su autor hubiera tomado nota de todo eso un poco en desorden, de prisa. Pero en el fondo de la caja, la última partitura llevaba un título, un título manuscrito, en grandes caracteres:

*Sonata TOULOUSE*

*Abril de 1976*

y, abajo:

*Oscar Lefleix*

De modo que se trataba de la letra de mi padre.

Me sentí conmovida. Ya no eran grabaciones realizadas en miles de ejemplares, sino documentos escritos de puño y letra. Me parecía que esas partituras me habían estado siempre destinadas, que me habían estado esperando. Era una correspondencia que me había sido dirigida en tiempos pasados y que yo recibía ahora.

Una vez apaciguado el eco de mi emoción, comprendí la nueva dimensión de este descubrimiento: mi padre componía.

Después de todo, desde hacía años, esperaba un testimonio de su existencia, esperaba las señales que me permitieran esbozar su retrato. El descubrimiento de sus discos me había fascinado. El de estas partituras, sus partituras, me colmaba.

Febrilmente, abrí las otras tres cajitas. También contenían partituras. La mayoría de ellas, firmadas por él. Los títulos de esas obras llevaban a menudo nombres de ciudades, *Lille, Amiens, Lyon, Tours, Clermont-Ferrand, Marseille*. A veces, ciudades extranjeras, *Madrid, Valencia, Roma, Florencia, Budapest...*

Una intuición me llevó a tomar nuevamente ciertos discos. ¡Sí, las fechas correspondían! Cuando mi padre grababa un disco en algún lugar, el lugar, unos meses más tarde, se convertía en el título de una obra. En las cajitas, estaban todos sus viajes, resumidos y traducidos en música. ¿Por qué mi padre había guardado sus partituras entre los discos? Lo ignoraría, sin duda, por siempre. Pero había tenido una idea genial. O, tal vez, un presentimiento.

¿Ay, cómo leer esas melodías? ¿Cómo dar un sentido a ese derroche de suspiros, de alteraciones, de corcheas?

¡Ah, leer música! Era incapaz de hacerlo.

Enseguida pensé en Daniel. Él, seguramente, sabría tocar todos los fragmentos.

¡Daniel!

Estaba sumergida en la lectura ciega de aquellas páginas cubiertas de notas, cuando se abrió la puerta.

—¡Jeanne! ¿Pero no estás durmiendo? ¿Sabes que ya es la una de la mañana?

—Papá componía.

Mi tono fue tan seco que Mutti se sintió acusada.

—¡Componía! Mira...

Estaba realmente atónita. Tomó las partituras, las hojeó, incrédula.

—Jeanne... lo ignoraba, ¡te lo juro!

—¿Nunca te ha dicho nada? Vamos, Mutti, ¡papá tocaba el piano!

La perturbación de Mutti era evidente. A medida que hurgaba en su memoria, parecía cada vez menos segura de sí misma. Murmuró:

—Tocaba pocas veces delante de mí. El piano estaba en su auditorio, donde yo jamás iba. Sabes, para mí, la música... Además, mira las fechas, son anteriores a 1983, el año en que nos conocimos.

Creo que odié a Mutti en ese momento. Y me preguntaba lo que pudo llevar a mi padre a casarse con ella, ya que a él le gustaba la música con pasión.

—Ahora hay que dormir. Volveremos a hablar de todo esto mañana a la mañana. Buenas noches, querida.

¿Dormir? ¿Cómo pensar en dormir después de semejante descubrimiento? En esas cosas, reconocía perfectamente a Mutti: el día del fin del mundo, me pediría primero que hiciera mi cama.

A la mañana siguiente, en el desayuno, quiso eludir el tema:

—Comprendo tu emoción, Jeanne. Comprendo lo que sientes. Pero eso no tendría que preocuparte... Está el examen de fin de año, el boletín...

—¿Cómo? ¿Papá componía y a ti te gustaría que yo guardara sus partituras en un cajón esperando fin de año? ¿Por qué no guardarlas de vuelta directamente en las cajas y bajar todo otra vez al sótano? Eh, después de todo, ¿por qué no?

—¡Jeanne, no he dicho eso!

—Imagina que hubiera descubierto manuscritos. Que papá hubiese sido escritor y que nadie hubiera sabido nunca nada. Desaparece y descubrimos escritos de su puño y letra. ¿No querías, al menos, leerlos? ¿Incluso publicarlos?

—No sé leer música, Jeanne. Pero mostraremos a alguien esas partituras.

Me costaba dominar la cólera que me estaba ahogando.

—¿Mostraremos? Si hubieras querido recuperar las huellas de papá, Mutti, tal vez habrías comenzado, hace diez años, a mirar sus discos. Y ahora que he encontrado sus partituras, te gustaría mostrárselas a alguien. ¿Y a quién?

—Aún no lo sé. Veremos.

—¡Y bueno, yo sí sé!

Mutti bajó la cabeza, agotada. Se dirigió hasta la ventana de la cocina y miró a lo lejos, es decir, el edificio vecino. Al cabo de un largo rato, murmuró sin darse vuelta:

—Ves, Jeanne, durante años, he sido incapaz siquiera de evocar el recuerdo de tu padre. Todo lo que le concernía de cerca o de lejos, las palabras que me lo recordaban, los lugares donde estuvimos juntos... todo eso me hacía mal. Este lugar se ha convertido en un refugio. Un lugar neutro. Y resulta que abres una puerta que...

—Dime la verdad, Mutti. ¿Has guardado algo más de él y no me has dicho nada? ¿Fotos?

—Nada. Te lo juro.

Por fin me miró, para mostrarme que decía la verdad. Se produjo un nuevo

silencio. El eco de un odio desconocido me empujó de repente a decir:

—A veces, me pregunto si lo amabas.

Su mirada se puso húmeda y dura. Murmuró, como para sus adentros:

—Ignoro si tu madre ha podido amar a tu padre tanto como yo, Jeanne. Sí. Lo he amado. Más allá de su muerte, lo sigo amando y le soy fiel. Más adelante, tal vez seas capaz de hacerte las preguntas que eres incapaz de hacerte hoy.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

Estaba estúpidamente agresiva. Mutti, por su parte, ya no lo estaba para nada.

Murmuró:

—¿Acaso tu padre me ha amado de verdad?

Esa pregunta me perturbó. Jamás se me hubiera ocurrido.

—Mira —agregó—, tu padre tiene sobre mí una ventaja inmensa y que jamás llegaré a cubrir.

Tomó mi cara entre sus manos y me dijo, bien de frente, las palabras que jamás le había oído pronunciar:

—Está muerto.



## *En lo de Daniel*

El martes siguiente, Daniel no estaba. Primero, me preocupé y después, me sentí mortificada. Un viento glacial soplaba entre los árboles desnudos de la plazoleta. ¿Iba a esperarlo?

Estaba dudando cuando lo vi salir de uno de los cafés del bulevar. Corrió hasta alcanzarme. Estaba vestido con una gran campera de esquí roja, como las que se usaban hace diez años. No temía al ridículo... Me sentí de repente aliviada y contenta de verlo.

A modo de saludo, me extendió la cinta magnética.

—Es música. Piano.

Poco a poco, el círculo se cerraba. Estaba casi segura de lo que me iba a responder.

—¿Y de quién es?

—No sé. Es una obra contemporánea. Dodecafónica.<sup>6</sup> No la conozco. No conozco todo, Jeanne.

Todavía no quería revelar nada a Daniel. Le pregunté, con falsa indiferencia:

—¿Y... qué piensas de esa música? ¿Vale algo?

Bajó la cabeza, como para sopesar sus palabras.

—Es magnífica. Atrapante y fuerte. Me conmueve mucho.

Entonces, saqué las partituras de mi bolso.

—¿Te gustaría mirarlas?

¡Daniel sabe leer música de verdad! Vi su mirada recorrer las notas, leer las páginas de los fragmentos completos. A veces, se detenía, sorprendido tal vez por un acorde o una indicación en el margen. A pesar del frío, hojeó los cuadernillos durante largos minutos. Parecía muy interesado.

—Habría que... habría que ver qué resulta esto en el piano —dijo, por fin—. ¿Puedes dejarme una? ¿Quién ha compuesto esto?

—Mi padre.

—¡Ah!

Pareció perplejo. O impresionado. Quizás, ambas cosas a la vez.

—Y bueno, creo que tu padre era un auténtico compositor, Jeanne. No me lo habías dicho. ¿Por qué? Explícame...

No tenía ganas de hablarle de mi familia. No ahora. Hacía mucho frío. No podía tenerme quieta.

—Daniel, ¿podrías grabarme esta cinta magnética, sabes, hacer una copia en un casete para que yo pueda escucharla?

—Sí. Cuando quieras. ¡Ahora mismo! Si tienes un momento, ven a casa. Te haré escuchar la cinta original.

Si no aceptaba, tenía que esperar hasta el martes siguiente. Para terminar de convencerme, agregó:

—Mi madre está en casa.

—De acuerdo. Pero no más de media hora.

Su mirada se iluminó. Para llevarme hacia la plazoleta, me tomó de la mano. No se la quitó.

El trayecto no fue muy largo: después de la plaza Clichy, entramos por una callecita angosta. Me hizo ingresar a una casa grande, bastante fea, cuya planta baja pare-

<sup>6</sup> Escrita sin tono particular, utilizando la serie de los doce sonidos de la gama cromática. (N. del A.)

cía un galpón. Atravesamos un pasillo que tenía algo de depósito y de taller.

—Aquí —me explicó—, hay una carpintería. Nosotros vivimos en el primer piso. Así, nadie se queja del ruido.

El departamento de Daniel parecía el lugar de trabajo de un artista. En el centro de la pieza principal, se alzaba un magnífico piano de cola. Al ver la pequeña cocina, me pregunté dónde comían los Dhérault. Pero examinando mejor el decorado, comprendí que comer debía ser aquí una actividad muy secundaria.

Daniel se dirigió hacia un mueble donde había varios aparatos guardados. Reconocí uno, no, dos sintetizadores. Colocó la cinta magnética en un gran grabador. De repente, una voz surgió de una habitación cercana cuya puerta estaba abierta:

—¿Eres tú, Daniel?

—Sí, mamá.

En voz baja, me explicó:

—Es mi madre. Ven a saludarla.

Entramos en una pequeña habitación y me enfrenté enseguida a una mujer de rostro duro y mirada de acero. Estaba en una silla de ruedas, con una manta sobre las rodillas. Me sentí observada sin piedad.

—Te presento a Jeanne, una compañera del colegio.

—Buenas tardes, señora.

—Señorita...

Me dirigió una mirada que fue como una cachetada. Daniel debe haber visto lo mortificada que estaba yo. De vuelta en la habitación grande, me tranquilizó en voz baja:

—No te preocupes, es siempre igual.

De repente, unas notas resonaron en la habitación. El sonido era tan verdadero, tan cercano, que me di vuelta instintivamente hacia el piano. Pero Daniel me mostró los parlantes que colgaban de las paredes.

Escuché. Completamente desorientada, tenía dificultad para seguir la más mínima línea melódica de esa cascada de sonidos que, en una primera aproximación, no tenían ningún sentido. Pero algo emergió poco a poco, una pálida luz en un mar furioso... Y de repente, esa claridad que creíamos tímida se volcó por completo, iluminó el océano, haciéndose cuerpo con él en un extraño abrazo.

No se parecía a nada de lo que yo conocía.

El piano se calló brutalmente. Algunas notas, varios acordes sonaron, torpemente repetidos, como un actor que balbucea sin saber cómo sigue su parlamento. Y se hizo el silencio.

—Está inconclusa —explicó Daniel—. ¿Entonces, qué piensas?

Estaba conmovida. Tenía allí un testimonio vivo de mi padre, no sólo de la música que había compuesto, sino también que él mismo había interpretado.

—Daniel, ¿podría volver a escuchar la cinta?

Surgió el mismo cuadro sonoro. ¿El mismo? No, no del todo. Ya iba cobrando mayor amplitud, mayor sentido, como esos textos que sólo parecen oscuros en la primera lectura. Al mismo tiempo, imaginaba, veía a mi padre sentado al piano. Además, ¿no era él el que estaba tocando, en ese mismo momento?

Lo veía de espaldas. Como el Paul Niemand del concierto, él tampoco tenía rostro. Pero poseía un alma. ¿Quién sabe si no descubría mejor así su carácter que si hubiera vivido diez años a su lado?

—¿Y entonces? —insistió Daniel cuando el fragmento terminó.

—Creo que es muy bello. ¿Pero cómo explicarte? No puedo juzgar, soy su hija.

—Comprendo.

Daniel había apoyado sobre el atril del piano una de las partituras de mi padre.

Se sentó frente al teclado y comenzó a tocar. Era una obra muy lenta, sin melodía aparente. A veces, de esa bruma informe surgían alegres trinos demasiado breves, como



minúsculos pájaros intentando atravesar la angustia y la oscuridad.

A pesar de que ese fragmento fuera muy diferente del que estaba grabado en la cinta magnética, su parecido me impactó. Algunos sonidos me parecían idénticos. Era el mismo volumen sonoro, el mismo timbre. Creo que casi pienso: "la misma manera de tocar".

No sé por qué me acurruqué a los pies del piano de cola. Quizás, para reencontrar una sensación que me era familiar. En otra época, ya me había encontrado bajo un techo similar, ahogada por sonidos violentos que surgían de allí cerca. Hasta había algo en el veteado del palisandro<sup>7</sup> que me recordaba algo...

Tengo tres o cuatro años. Mi padre está al piano, tocando. Y yo estoy jugando, a sus pies. Nuestra complicidad vuelve a mi memoria a través de su música. La música, mi padre, el piano, y esas olas de notas que me invaden forman un bloque compacto, amistoso, coherente. Y basta con que un reflejo de ese recuerdo escondido me roce, para que el conjunto se reconstruya y recobre vida. Un instante.

Enseguida Daniel comenzó a vacilar. Volvió atrás, retomó, se interrumpió definitivamente.

—Tendría que... tendría que estudiar un poco estos fragmentos antes de intentar tocarlos. ¿Puedes dejarme las partituras?

—Sí.

No le confesé que eran fotocopias. Los originales estaban en mi cuarto y ni hablar de separarme de ellos.

—¿Le vas a mostrar estas partituras a tu padre?

—Tal vez. No sé... ¿Por qué?

—Podría darte su opinión. ¿No se dedica a la música también?

—Sí, evidentemente.

Daniel me señaló los instrumentos, el piano, los sintetizadores. Mi deducción no tenía nada de extraordinario. Sin embargo, sentía un temor inconfesable: que su padre utilizara la música del mío. Que utilizara la obra de este músico desaparecido y se convirtiese en el usurpador de su genio.

—¿Por casualidad él no es compositor, no?

Daniel me miró de un modo extraño, como si se preguntara cómo me había enterado, o sobre los oscuros pensamientos que se escondían detrás de mi pregunta.

Sin responder, colocó en el grabador una de las tantas cintas magnéticas que se encontraban alineadas, como libros preciosos, en un estante. Surgió una melodía en la habitación. Era un tema simple, familiar, interpretado por una gran orquesta. Lo reconocí enseguida:

—¡Pero es la música de *Un amor de verano*!

—Sí. Esto es lo que compone mi padre. Música para las series de la tele.

Daniel no parecía muy orgulloso.

—¡Eh, pero todo el mundo conoce esta música! ¿Tu padre es famoso entonces?

—Sí. En cierto modo, es famoso, "sobre todo en los supermercados", como él mismo dice.

Quise responderle... No, era inútil; tener un padre vivo es un bien inapreciable.

Uno no toma conciencia de ciertas riquezas sino cuando ya no las tiene.

Mis preocupaciones se disiparon de repente. ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Es tarde! Me tengo que ir.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? Ya oscureció.

—¿Estás bromeando? Estoy a dos pasos.

Volví con el corazón contento. Cuando llegué a mi cuarto, me di cuenta de que tanto Daniel como yo nos habíamos olvidado por completo de aquello por lo cual había

---

<sup>7</sup> Madera del palo santo, de color rojo oscuro. Habitualmente, se la utiliza para la construcción de muebles de lujo. (N. del E.)

ido a su casa: grabar la cinta magnética de mi padre.

## *¿Quién era Oscar Lefleix?*

El martes siguiente, estaba nevando cuando salí del Chaptal. No me sorprendió ver el banco vacío. Eché una mirada hacia el café del que Daniel había salido la semana anterior. Allí estaba, parado detrás del vidrio, haciéndome señas con el brazo. Era inútil, porque con su campera roja cualquiera lo hubiera reconocido a dos kilómetros.

Vacilé antes de ir hacia él. Mutti iba a salir pronto, no quería que me viera allí, mucho menos con un chico.

Sin embargo, entré.

—¿Vamos al fondo?

Nos refugiamos lo más lejos posible de la calle. Era la primera vez que me encontraba en una situación así. Esperaba que se prolongara. Era agradable, como la imagen misma de ese rincón íntimo de café.

No sé muy bien qué esperaba en ese momento. Que Daniel tomara mi mano, como la semana pasada. Que me dijera algo lindo.

Y bueno, no. No hizo nada de eso. Los chicos, creo, poseen el arte de emprender las cosas más idiotas y más inesperadas cuando no corresponde y de no intentar nada cuando la situación es propicia. Daniel, para mi gran decepción, no escapaba a la regla. Apoyó sobre la mesa el gran paquete de partituras. Tenía la mirada grave, casi severa.

—Jeanne, no creas que soy indiscreto. Pero me gustaría que me hablaras de tu padre. ¿Quieres?

Suspiré y me quise hacer la valiente:

—Oh, a Mutti le molesta el tema, a mí no.

El mozo trajo dos tazas grandes de chocolate caliente. Daniel tomó la taza entre sus dos manos, como para entrar en calor, y en la actitud de alguien decidido a escuchar. Después de todo, ¿por qué no? Hablarle de mi padre sería un poco hablarle de mí.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—A mí también me gustaría saber todo de mi padre, pero no es fácil. Vas a comprender enseguida por qué. Mi padre se llamaba Oscar Lefleix. Nació en 1940, en plena guerra. Tuvo, con seguridad, una infancia difícil. En 1943 o 1944, sus padres fueron deportados; creo que murieron en un campo de concentración, en Alemania. Después de la liberación, el Estado se hizo cargo de mi padre. Era lo que se llamaba, en la época, pupilo de la Nación. Eso no le impidió tener una buena formación, hasta que llegó a ser ingeniero de sonido. En los años sesenta, entró a la Casa de la Radio: sabes, ese gran edificio metálico, cerca del Sena.

—Sí, claro. En aquel entonces, era la O.R.T.F., la Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesas.

—Mi padre fue allí ingeniero de sonido. Pero iba, a menudo, al interior o al extranjero a grabar conciertos. Al principio, vivía solo en París, en un monoambiente minúsculo, donde ahora vive mi abuela. Y luego conoció a mi madre, Odile, de quien casi no sé nada. Entonces compraron una casa grande y alejada, en el sur de Francia.

—¿Tu padre, sin embargo, trabajaba en París?

—Sí. Creo que usaba su departamentito como cuarto de hotel. Su verdadera casa era la de Callas.

—¿Callas?

—Es un pueblo al norte de Draguignan. La casa se encontraba en el monte, a dos

kilómetros de la ruta. Mis padres tomaban el agua de un pozo cercano. Producían electricidad con un grupo electrógeno.

—Era algo muy rústico...

—Rústico y, sin embargo, lujoso. Pues mi padre hizo construir a cien metros de la casa un auditorio: una sala redonda de hormigón, independiente, en la que reunió todo su material de grabación y un gran piano de cola como el tuyo. Ignoro por qué.

—Sería, seguramente, una cuestión de acústica —dijo Daniel.

—Mi madre y mi padre se casaron en 1975. Vivieron allí hasta que nació yo, en 1981.

—¿Naciste allí?

—Sí, en Callas, en esa gran casa. Una vez más, ignoro en qué circunstancias exactas. Pero fue un parto difícil y prematuro. Mi madre no me esperaba tan pronto. Supongo que mi padre no debió haber estado allí, si no la hubiera llevado al hospital. Se murió dándome a luz, es todo lo que sé. La prueba figura con todas las letras en mi partida de nacimiento: nació el mismo día en que ella murió.

—¿Y tu padre te crió solo a partir de ese momento?

—Sí. Pero no me acuerdo prácticamente de nada... El olor del pinar, la música, la noche... Y me vuelvo a ver a los pies de mi padre, mientras tocaba el piano.

—A partir de ahora, creo que puedo hacer la asociación —dijo Daniel—. Luego, tu padre conoció a la señora Lefleix, quiero decir...

—Se llama Grete. Antes de su casamiento, Grete Kühn.

—¿Y cuándo la conoció?

—Mutti afirma que fue en 1983, en Colonia. A mí me parece que la conoció antes. Tal vez, antes de que mi madre desapareciera. Pero no tiene importancia. Mi padre era joven y viudo, tenía un bebé a cargo, no podía quedarse solo mucho tiempo. Seguramente, quería que yo tuviera una madre. Y Mutti siempre cumplió ese rol, es verdad.

—¿En suma, es la única persona que has conocido?

—En aquel entonces, Grete enseñaba francés. Tenía trece años menos que mi padre. Se casaron en 1984. Florent nació al año siguiente. Una familia volvía a constituirse.

Miré a mi alrededor. Indiferente, la gente hablaba, se reía o conversaba en voz baja, creando una frontera extrañamente tranquilizadora.

Con un nudo en la garganta, agregué:

—Y un nuevo drama destruyó rápidamente todo.

¿Por qué confesarme así a Daniel? ¿Porque me lo había pedido? No, era porque me aliviaba esa vuelta hacia atrás, expresar ese pasado reprimido durante tanto tiempo. Y estaba feliz de que fuera él mi confidente. Incluso, si lo que fuera a seguir podía ser aún más doloroso.

Esta vez, Daniel me tomó de la mano. Pero ese gesto ya no llegaba en el momento en que yo lo hubiera deseado.

—Oye, Jeanne, si no quieres seguir...

—Fue en 1985, a fines de septiembre. Florent aún no había nacido. Mi padre se hallaba solo en la gran casa de Callas, y Grete, embarazada de seis meses, estaba conmigo en París. Estaba tratando de regularizar su situación profesional para enseñar alemán en la capital, como suplente. Supongo que por nada en el mundo mi padre hubiera querido arriesgarse a que el futuro bebé naciera en esa gran casa. Yo todavía estaba en jardín de infantes... Te voy a decir todo tal como Mutti me lo contó. No tengo otra versión de los hechos. Una mañana, recibió un llamado de la gendarmería. Tenía que ir lo antes posible a Callas, un incendio había devastado la propiedad y mi padre había muerto. Mutti llamó a su madre a Alemania para que viniera.

—¿Su madre es la señora a la que llamas Oma?

—Sí... Mutti, espantada, fue hacia allá. De la casa no quedaban más que cuatro

paredes ennegrecidas. Jamás se supo si el incendio que se había declarado en el monte fue accidental o criminal, ¿pero qué importa? Se había declarado durante la noche. Los bomberos intervinieron muy rápidamente, aunque demasiado tarde para evacuar la zona: arrastrado por un viento violento, el fuego alcanzó la propiedad y la destruyó a gran velocidad. Luego, los bomberos explicaron que había sido muy imprudente no haber limpiado la maleza que estaba alrededor de la casa. El auditorio apenas tenía daños.

Estos recuerdos no los he vivido, por supuesto, porque estaba en París. Pero mi garganta se cerraba como si el acontecimiento fuera de ayer, como si yo hubiera ido a reconocer el cuerpo de mi padre.

—Los muebles, los libros, los papeles de la familia... Todo se había quemado. Encontraron el cuerpo calcinado de mi padre en el pasillo que conducía a su dormitorio. Los bomberos intentaron reconstruir lo que había ocurrido. Mi padre, tal vez, había tomado somníferos. Había dejado todas las ventanas abiertas. El calor, sin duda, lo despertó. Intentó huir, pero murió asfixiado. Parece que no sufrió. En todo caso, no mucho tiempo. Durante un incendio, se muere por asfixia antes que por el fuego. Eso fue lo que pasó.

Ahora, estaba agotada.

—Durante mucho tiempo —agregué con amargura—, me imaginé que había sido otro el que había muerto. Quería creer que mi padre estaba vivo. De chica, imaginaba teorías inverosímiles destinadas a convencerme de que algún día volvería. A los ocho años, se lo conté a Mutti. Me dio una cachetada y gritó: "Tu padre está bien muerto, ¿comprendes? Identifiqué su cuerpo. ¿Qué más quieres saber?". Nunca más evoqué el tema. Hasta estos últimos días, ciertas palabras no se pronunciaban en casa.

—Comprendo. No puedes sentir rencor. Esta historia la ha traumatizado.

—Pero tengo derecho a saber quién era mi padre, ¿no crees, Daniel?

—Lo sabes: acabas de contármelo...

—He deducido, sonsacado, reunido todo esto año tras año. Son las piezas de un rompecabezas que quedará siempre incompleto. Mi verdadera madre es una desconocida para mí y no me arriesgo a hacer preguntas sobre ella.

—¿Por qué?

—Porque no sería justo con Mutti. Mi madre me llevó durante siete meses; Mutti me ha educado durante diez años. Y además, ¿para qué hacerle preguntas? No sabe nada de Odile, ¿mi padre no debe haberle hablado mucho de ella! Fui apartada de mis verdaderos padres...

Daniel parecía pensativo.

—Espera... ¿Mutti no sabía que tu padre componía? ¿Y vivieron juntos dos años?

—Lo único que sabe es que tocaba el piano. Y que escuchaba discos.

Daniel sacudía la cabeza, casi convencido:

—Todo cierra, Jeanne. La vida de tu padre debe haber cambiado mucho después de la muerte de tu madre: seguramente se ocupaba mucho de ti, y no tenía ánimos para componer... Y en cuanto se casó con Grete, tuvo a Florent. A la señora Lefleix no le interesaba la música, tal vez.

—Muy poco. Sin embargo, debió hacerlo... ¡Una alemana!

Daniel sonrió con indulgencia ante mi mala fe.

—Las partituras, los discos... ¿todo eso estaba en el auditorio?

—Sí.

—Después del incendio, ¿qué ocurrió?

—El seguro pagó. Pero por nada en el mundo Mutti hubiera hecho reconstruir la casa. De ninguna manera ella volvería a vivir en esa localidad. Avisó a los colegas de mi padre. Algunos le compraron una parte del material del auditorio. El resto ha sido liquidado allí mismo, en un remate...

—Salvo las dos cajas que contenían los discos, las cintas magnéticas y las

partituras.

—Sí. Es todo lo que Mutti pudo cargar en su auto. Y todavía no sé cómo pudo guardarlo. Pues, de golpe, éramos cuatro viviendo en un monoambiente minúsculo.

—¿Cuatro?

—Mutti y yo. Luego Florent, que nació en diciembre. Y Oma, la madre de Mutti, que decidió quedarse en Francia con ella. La casa de Callas o, mejor dicho, el terreno y lo que quedaba fue vendido. Con esa plata, Mutti compró en París el departamento donde vivimos ahora.

Daniel comprendió que estaba cansada, que quería terminar.

—¿Y a Callas? ¿Nunca has regresado?

—Sí. Hace dos años. Mutti nos llevó a Draguignan. No pudo ir más lejos. Nos metió en un taxi a Florent y a mí.

—¡Y, claro —murmuró Daniel—, es cierto que Florent nunca conoció a su padre!

—No vimos nada. Los nuevos dueños construyeron una casa provenzal sobre las ruinas. Arrasaron el auditorio por razones estéticas, según dijeron. Todo desapareció.

Me callé. Daniel respetó mi silencio. Que rompí yo:

—Piensa que antes de descubrir los discos y las partituras, no tenía ninguna marca de mi padre. Ningún objeto. Ninguna prueba de su existencia.

Agregué en voz baja, pues era lo que más lamentaba:

—Ni siquiera una foto. Estoy condenada a ignorar qué aspecto tenía mi padre. Es una sombra. Un fantasma. No tiene rostro.

—Pero a partir de ahora, tiene una voz.

## *Semanas difíciles*

Escuchaba la "voz" de mi padre a menudo. Le había pedido a Daniel que me grabara en casete las cintas magnéticas. Muchas no contenían nada más que música grabada. Conciertos muy viejos, porque el presentador, con una voz oficial, un poco a la antigua, anunciaba enfáticamente:

"Gracias por escuchar France IV. El programa se transmite en estéreo. Pueden proceder a la sintonización de su receptor..."

Esperaba con impaciencia el momento en que anunciaba: "Transmisión, Oscar Lefleix".

En aquel entonces, el nombre del ingeniero de sonido aparecía siempre citado en los créditos. Había un ingeniero de sonido como existe, en el teatro, un director. Esos conciertos se transmitían en directo (¡un directo de hace treinta o cuarenta años!) y presentaban música contemporánea: Daniel Boulez, Daniel Schaeffer, Henry Dutilleux, Krzysztof Penderecki, Olivier Messiaen, György Ligeti...

A pesar de toda mi buena voluntad, esa música me resultaba hermética; esos conciertos, desconcertantes. Prefería las grabaciones de las tres últimas cintas magnéticas.

Había un piano. Obras de Oscar Lefleix grabadas en directo. Por el compositor mismo que era, a la vez, su propio ingeniero de sonido. Fragmentos inconclusos, que no llegaban a nada. Frases, a veces, aisladas. Temas lanzados en desorden... Borradores.

Pero esas grabaciones eran mil veces más preciosas que las anteriores, porque mi padre estaba al piano.

Daniel, que había estudiado las partituras, me explicó por qué esos fragmentos estaban inconclusos:

—Tu padre improvisaba antes de tomar nota. Grababa sus pruebas, las volvía a escuchar y guardaba lo mejor para retranscribirlo definitivamente.

Por desgracia, ninguna de esas tres grabaciones era una obra completa. Eran tres esbozos de sonatas diferentes. La muerte había interrumpido la tarea del músico.

Las obras terminadas habían sido prolijamente anotadas en el papel pentagramado. Pero a mi padre le había parecido bien no grabar ninguna. Le bastaba saber que estaban fijadas en el papel.

Daniel me devolvió los casetes y las cintas magnéticas originales. Esa misma noche, mientras Florent miraba televisión, llevé a Mutti a mi dormitorio y la invité a sentarse en mi cama:

—¿Tienes un momento? Escucha:

Le hice escuchar la sonata inconclusa más larga de mi padre, cinco minutos de una música cuyas extrañas armonías comenzaban a serme familiares. Mutti fruncía el ceño, emocionada o asombrada. Cuando el sonido del piano se calló, con un acorde interrogativo, me miró con una sonrisa forzada.

—Tocaba muy bien, ¿no te parece?

Mutti se evadía. Cuando uno mira *La Gioconda*, ¿qué sentido tiene decir que el pintor sabía dibujar bien?

—¿Pero qué piensas de la música, Mutti?

Reflexionó, como para medir bien sus palabras, sin duda por miedo a lastimarme.

—Me parece... rara, a decir verdad. Escuchándola, pienso que Oscar está al piano y me conmueve, Jeanne. Pero menos de lo que hubiera podido temer. ¿Cómo explicártelo? Esa música... no es como él. Es extraña.

Me encogí de hombros. Mutti tal vez tiene buen corazón, pero no tiene mucho oído. Esa música no puede sino parecerse a mi padre. Primero, porque es el único retrato que me ha dejado. Y luego, porque la mejor manera de entrar en la intimidad de un músico no es mirar su foto, ni incluso vivir dos años a su lado, sino escuchar su voz interior.

Eso me lo había enseñado Daniel con su clase especial sobre Schubert.

La primavera acababa de llegar. Un miércoles a la tarde en que Mutti había llevado a Florent al museo, invité a Daniel a casa.

Cuando tocó el timbre, silbé de admiración: había hecho un esfuerzo vestimentario. Para disimular su inhibición, me metió un paquete entre las manos:

—Son algunos discos. Compactos, para no competir con tu padre.

Me quedé estupefacta ante la gran caja: la *Obra Completa para piano de Franz Schubert por Amado Riccorini*.

—¡Daniel! ¡Es una locura! ¡Debe haberte costado una fortuna!

—¡Ni un peso!

Como me costaba creerle, insistió:

—¡Pero sí, te lo juro!

Puso una cara de canalla que no le pegaba para nada y agregó:

—¡Lo he robado!

—No es cierto...

—No, no es cierto. ¿Quieres que te lo diga? Bueno, es un regalo que me hicieron. Y como ya tengo estos discos, pensé que te gustarían.

Me arrojé a su cuello y se quedó como tonto.

—Daniel, tengo que pedirte algo.

Le mostré el pilón de partituras que estaba encima de mi escritorio.

—Son las obras de mi padre. Algunas llevan un título, pero no tienen fecha; otras tienen fecha, pero ningún título. No sé cómo clasificarlas.

—Déjame ver.

Pasamos un rato desmenuzando las partituras. Arriba de cada primera página, Daniel anotaba con lápiz mi nombre, Jeanne, seguido de un número.

Me explicó que la obra de cada músico llevaba un número de opus que correspondía al orden cronológico. Para Prokofiev, existen 138. Para Bach, más de mil.

A veces, la palabra "opus" es reemplazada por el nombre de la persona que ha reconstituido la cronología de la obra. Por ejemplo, *Longo* o *Kirkpatrick* para Scarlatti o *Deutsch* para Schubert. Para Bach, las iniciales *B.W.V.* significan *Bach Werke Verzeichnis*, es decir, el catálogo de sus obras.

—¿Pero por qué *Jeanne*?

—Porque eres tú quien ha encontrado y reconstituido el orden de las obras de tu padre, ¿no? Hay treinta y siete.

—Me has ayudado un poco. Pero quisiera pedirte algo más. Me gustaría... me gustaría escuchar la música que contienen. Escuchar aunque sea una de las sonatas, completa. ¿Comprendes?

—Sí.

Parecía, de golpe, perplejo.

—¿Sabes tocar música, verdad? ¿No podrías tocarme uno de estos fragmentos? Habías empezado a hacerlo el otro día.



—Sí, pero justamente, estas obras son difíciles. Tendrías que darme tiempo.

Comprendí que Daniel no quería negarme ese favor, pero que le iba a costar mucho, sin duda, largas horas de trabajo. Debía tener otras cosas que hacer en ese momento, en tercer año. Creí necesario justificarme:

—Me gustaría que la obra de mi padre existiera. ¿Cómo devolverle la vida?

—Debería ser interpretada y publicada.

—¿Publicada? ¿Se publica la música como los libros?

—¡Por supuesto! ¡Para interpretar una obra, es necesario que los músicos compren las partituras!

—¿Y dónde?

—En las editoriales de música. Una de las más importantes se llama Durand; está en la calle del Faubourg-Saint-Honoré.

Supe enseguida lo que me quedaba por hacer.

En Durand, expliqué mi descubrimiento, la existencia de las bandas magnéticas, y mostré las partituras. La empleada las miró durante un instante.

—Espere, señorita, no entiendo muy bien. Su padre, Oscar Lefleix, ¿era entonces compositor? ¿Ya ha sido interpretado?

—No... En fin, no creo. En todo caso, no creo que su música ya haya sido editada.

—¡Oh, no, eso puedo asegurárselo! —me respondió con una sonrisa—. El nombre de Oscar Lefleix no figura en nuestros catálogos.

—Justamente, me gustaría que ustedes editaran su música, para que pueda ser tocada.

La mujer pareció incomodarse. Me explicó, tomando mil precauciones, que una edición costaba muy cara y no se realizaba sino cuando la obra ya había sido tocada, incluso, varias veces.

Era un círculo vicioso.

—¿Y si pago la edición?

La señora me miró con una conmiseración emocionada.

—Me temo que eso esté muy por encima de sus posibilidades.

Salí de allí con el corazón enfurecido y las partituras bajo el brazo.

Unos días más tarde, en el momento justo en que estaba por entrar a casa, Oma me llamó desde su palier, que está al lado del nuestro. Me hizo entrar a su casa y me mostró el diario en la página de espectáculos.

—Mira, ¿no es este tu pianista preferido?

Era él: "Paul Niemand en concierto en la sala Gaveau el 12 de abril: Bach, Schubert, Prokofiev".

—¡Fantástico! Voy a ir.

—¿Con quién?

Olvidaba que Mutti no me permitía salir sola.

—Quédate tranquila Oma, ya tengo una idea.

—¿Sí? ¡Qué lástima, yo tenía otra!

Pobre Oma. He sido muy injusta. Después de todo, era gracias a ella que yo, a principio de año, había asistido a ese primer concierto que estaba en el origen de tantos descubrimientos...

Encontré a Daniel en el banco. El tiempo ya estaba bastante clemente como para quedarnos a conversar afuera. No di vueltas:

—Paul Niemand... sabes, ¿el pianista sin rostro? Bueno, va a estar en la sala Gaveau el 12 de abril.

Tuve la clara impresión de que Daniel simuló entusiasmarse al contestarme:

—¡Oh! Formidable. ¿Y piensas ir al concierto?

—No me lo perdería por nada en el mundo. Y como me toca a mí regalarte algo, me encantaría que fuéramos juntos.

—Espera... ¿El 12 de abril? ¿Cae justo durante las vacaciones de Pascuas?

—Exactamente. ¿Por qué? ¿Te vas?

Puso una cara terrible y suspiró.

Fue una cachetada espantosa. Me imaginé lo peor: no tenía ganas de salir conmigo. Hasta incluso, que estaba saliendo con otra chica. En todo caso, no me dio ninguna razón. Me sentí humillada.

A partir de entonces, algo se enfrió entre nosotros. Una incomodidad recíproca. La más contenta fue Oma cuando le anuncié, despechada:

—¿Me querías proponer algo para el concierto de la sala Gaveau, no?

—Pero me has dicho que tenías una idea...

—Era una mala idea. La tuya, seguramente, es mejor.

—Quería proponerte ir conmigo, yo te invito.

Le di un beso. Era una de esas ideas que solía tener Oma. Las abuelas, a veces, nos consuelan de muchas penas.

El martes anterior a las vacaciones de Pascuas, Daniel me estaba esperando, fiel a la cita, en el banco. Tuve ganas de hacer un desvío para evitar hablarle. Pero tenía discos para devolverle. Me fui a sentar a su lado casi contra mi voluntad. Un poco incómodo, me preguntó si había comprado las entradas para el concierto.

—Sí. Dos entradas. Pero no en las primeras filas, hemos llamado demasiado tarde y estaba casi todo reservado. ¿Por qué esta pregunta?

Por un momento, creí que había cambiado de opinión. O que había despertado su curiosidad.

—Oh, por nada en especial.

Me fui muy rápido. Sin siquiera preguntarle adonde se iba para las vacaciones. ¿Acaso él me había preguntado con quién iba a ir al concierto?

## *Un concierto de Paul Niemand*

Oma y yo llegamos a la sala Gaveau mucho antes de la hora. El ambiente estaba febril, excepcional. A nuestro alrededor, casi todos los espectadores evocaban a Paul Niemand, ya porque habían asistido, como yo, a su primer concierto, ya porque habían oído hablar maravillas de ese joven prodigio.

Le había pedido a Oma que llevara sus gemelos de teatro. Creo que los tuve delante de los ojos durante casi toda la primera mitad del concierto. En vano, ya que el inverosímil cabello del solista seguía ocultando su rostro.

Paul Niemand me pareció más distendido que la otra vez. Se acercó a saludar muy brevemente, luego fue a sentarse al piano, indiferente a los aplausos ya muy nutridos del público.

Empezó a tocar en un silencio religioso. Le murmuré a Oma:

—Bach, las *Variaciones Goldberg*.

Gracias a los discos de mi padre y de Daniel, conocía ya dos interpretaciones diferentes de esta obra. La interpretación de Paul Niemand me recordó la emoción que había sentido al escuchar la de Glenn Gould. La estructura y la claridad de estas *Variaciones* se pusieron en evidencia. El público sin duda compartió mi opinión, ya que ovacionó a Paul Niemand.

Mientras saludaba ante los flashes crepitantes, intenté verle la cara una vez más. Imposible.

—Toca muy bien tu pianista —me dijo Oma—. Es una lástima que se tape la cara, porque parece lindo muchacho.

Le perdoné a Oma sus opiniones algo simplonas. Ya sea en sociedad o en la televisión, juzga a la gente primero por su cara. Con un prejuicio favorable si se trata de alguien lindo y bien vestido según su gusto.

—No es mi pianista, Oma.

Hasta entonces, Paul Niemand me pertenecía un poco. Yo lo había descubierto. Pero ahora se estaba convirtiendo en una estrella. Era célebre y se me escapaba.

La segunda parte del concierto comenzó con el *Cuarto Impromptu* de Prokofiev. Por primera vez, una obra del siglo XX me parecía accesible, casi familiar. Era sensible al nerviosismo de los ritmos, al carácter accidentado y atrevido de las melodías, a esa mezcla elegante de disciplina y salvajismo. Ignoro por qué el público aplaudió particularmente este fragmento. Tal vez, porque era el último que figuraba en el programa. La gente se levantaba, gritaba su entusiasmo, reclamaba un bis a los alaridos. No me quedé atrás con los aplausos.

Paul Niemand volvió y se sentó de nuevo al piano, en el silencio bruscamente restablecido. Con los primeros acordes, tuve la certeza de que esa obra tenía cierto parentesco con las de mi padre. Encontraba al oírla una emoción similar. ¿Quién podía ser su autor?

Poco a poco, una loca idea se me imponía: si Paul Niemand había elegido este fragmento para su bis, era porque le gustaba. Entonces, también le gustarían las sonatas; de mi padre... ¡Seguro! ¡Si alguien podía interpretarlas era él, mi pianista sin rostro!

Ya estaba esbozando una estrategia que me permitiera acercarme a él, explicarle... No sería fácil, pero lo lograría.

El bis fue festejado por un público en delirio. No participé de la euforia general. Estaba rumiando mi proyecto. A mi lado, Oma me preguntó en medio de la algarabía:

—¿Te gustó esa música? Bueno, si se le puede llamar música a eso.

De repente, vi a mi vecino aplaudir con toda su fuerza:

—Discúlpeme... ¿Conoce el título de ese fragmento?

—¡No! Tal vez Niemand sea el autor. Estuvo maravilloso.

—Ven, Oma, salgamos. O mejor no, espérame aquí.

En el hall, le pregunté a una acomodadora si era posible felicitar al solista. Me explicó cómo llegar al camarín. Ay, ya había allí como unas veinte personas. Un individuo alto, de esmoquin, agitaba los brazos como un espantapájaros:

—No... Paul Niemand no recibirá. No quiere ver a nadie.

El pequeño grupo insistía, protestaba, hacía una y mil preguntas en desorden.

Renuncié. Si Paul Niemand cerraba su camarín a los periodistas, ¿por qué lo abriría a una desconocida de quince años? No. Sin embargo, la próxima vez (y no dudaba de que hubiera otra), tendría las partituras en la mano. Insistiría. Lo esperaría a la salida. De una manera u otra, lo vería, le hablaría, lo convencería...

Ya me estaba repitiendo en la cabeza mis futuros argumentos.

Cuando volví a encontrar a Daniel en el banco, el martes después de las vacaciones, me preguntó:

—¿Qué tal el recital de Paul Niemand?

—Estuvo muy bueno —respondí un poco antipáticamente.

Comprendió que no sería pródiga en detalles; nuestra conversación fue breve y trivial. Como pretexto, dijo que tenía que repasar algo urgente y se fue muy rápido, antes que yo.

Desde entonces, yo controlaba la prensa. Le había pedido a Oma que desmenuzara diarios y revistas. Quería, sobre todo, conocer la verdadera identidad del compositor de ese bis extraordinario. Había algunas líneas elogiosas en el diario de la tarde que recibe Oma. Nada en *Télérama*.

Pero un día, triunfadora, me extendió una revista:

—¡Mira, aquí! ¡Hablan de tu pianista!

—¿Qué revista es?

—*Sinfonía*. El diariero me aconsejó consultar la prensa especializada. Ves, tenía razón.

Me precipité sobre el artículo en cuestión.

#### PAUL NIEMAND

##### UN TALENTO QUE SE CONFIRMA

*Este joven pianista, aún desconocido hasta hace unos meses, llenó la sala Gaveau el miércoles 12 de abril. En una ocasión, ya habíamos apreciado la sensibilidad de su interpretación (sobre todo, con Schubert) en su primer concierto. Esta vez, el solista hizo maravillas con Bach y sus peligrosas Variaciones Goldberg. Ciertamente, pensamos en Glenn Gould, cuya originalidad, virtuosismo y maestría Paul Niemand pareciera poseer. Pero paradójicamente, Paul Niemand sorprendió al público con dos obras contemporáneas: primero, con una fulgurante interpretación del Cuarto Impromptu, de Prokofiev. La visión de Niemand podría sentar un precedente. El nerviosismo, la petulancia, la ironía y el realismo de su interpretación muestran esta obra bajo una nueva luz. Luego, el solista dio la nota con una sonata interpretada en el bis. Marcada por influencias tan diversas como las de Luciano Berio o Jacques Charpentier, esta obra, que alía fuerza y originalidad, según es de nuestro conocimiento, nunca había sido interpretada en concierto; cabe suponer que Paul Niemand es su autor.*

*Este joven solista parece cultivar cierto misterio en torno de su persona. No se conoce*

*su rostro, se niega a dar reportajes; Amado Riccorini (de quien Paul Niemand es alumno desde hace algunos años) nos ha confiado que desearía respetar el anonimato de su pequeño prodigio hasta que su talento se viera completamente afirmado.*

*Apostemos a que, antes de fin de año, será llamado por una gran discográfica. Pues el público espera con impaciencia volver a escuchar a Paul Niemand, sobre todo, en el repertorio de este fin de siglo. Podría tratarse, después de Samson François, de uno de los más grandes pianistas de nuestro tiempo.*

No le mostré el artículo a Daniel. Le dije simplemente, la semana siguiente, de manera anodina, en el transcurso de la conversación:

—Sabes, Paul Niemand, el famoso pianista... y, bueno, ¡también es compositor!

Daniel sonrió de modo altanero. Me respondió:

—Todavía no es famoso. Podría serlo dentro de unos años tal vez, eso es diferente. Y me sorprendería que compusiera, virtuoso, compositor... Es demasiado para un solo hombre. ¡Ese tipo no es Mozart!

Cambié de tema de conversación.



## *Una tarde en lo de Daniel*

La semana siguiente, le anuncié a Mutti, más por precaución que por provocación:

—Mañana a la tarde voy a lo de Daniel. Daniel Dhérault.

—Muy bien. ¿Sabes que el examen es dentro de un mes y medio?

Esa es la manera de Mutti: no prohibir nada, no aconsejar nada, sino emitir una observación precisa que constituye, a la vez, una crítica y una advertencia. No tengo ninguna amiga. Estudio toda la semana. Salimos poco. Además, con excepción de las Matemáticas, tengo arriba de siete en todas las materias e incluso, excelentes resultados en Lengua. Pasaré de año sin ningún problema. Pero para Mutti, no es suficiente.

Daniel me recibió como una invitada de honor. Había puesto flores en la mesatona que está en la gran pieza dominada por el piano.

Sus padres estaban allí. Tomamos té y jugo de frutas. La madre de Daniel estuvo fría y más bien distante, como la vez anterior; todo lo que hizo fue observarme de lejos. Su padre estuvo particularmente amable. Es un hombre de unos cincuenta años, muy dulce, con cara de cansancio y una sonrisa un poco triste.

—Daniel me contó que su padre era ingeniero de sonido. Es curioso... El mundo es chico: yo también iba mucho a la O.R.T.F. en los años sesenta. Buscando un poco, podría saber las fechas y los lugares exactos donde pudimos habernos cruzado él y yo.

—¿Usted cree? ¿Habrá conocido a mi padre?

—Oh, su nombre no me dice nada. Pero tal vez trabajamos juntos, más tarde, en el I.R.C.A.M., sin que yo sepa. Hoy los dos tendríamos la misma edad.

—¿El I.R.C.A.M.?

—Es el Instituto de Investigaciones de Música Contemporánea que está cerca del Centro Pompidou. Conocí allí a muchos artistas. Su padre probablemente ha grabado mis obras allí, en la época en que yo quería ser compositor.

—¿Compositor? ¡Pero si usted es compositor!

—¿Yo? No. Fabrico cositas para la tele. Eso me permite ganarme la vida. Pero mi música, gracias a Dios, desaparecerá al mismo tiempo que los productos comerciales que promociona.

Barrió el aire con la mano como para alejar a un insecto, o para sugerir que el tema no merecía que nos detuviéramos más tiempo.

—Daniel me hizo escuchar la música de su padre. Si alguien merece ser llamado compositor es él, no yo.

El elogio me hizo sonrojar.

—Además —agregó la señora Dhérault—, tenemos muchos discos que su padre ha grabado. Bien... bueno, vamos a dejarlos. ¿Levantarás todo, Daniel?

Le pidió luego a su marido que empujara su silla de ruedas.

En cuanto salieron, quise ayudar a Daniel. No aceptó y me sentó a la fuerza en un sillón.

—No. Quería que vinieras para hacerte escuchar algunas cosas. Pongo esto en marcha. Quédate aquí.

Puso un disco de 33 y desapareció en la cocina. De repente, el sonido potente de una trompa estalló en la pieza, desgranando un largo tema solemne. Enseguida, la orques-

ta entera vino a puntuar esos acordes graves y potentes, *in crescendo*. Luego el tema se apagó, para ceder su lugar a una especie de marcha fúnebre terriblemente inquietante, en la que las trompetas, a veces, surgían como advertencias divinas. Era soberbio y grandioso.

Gracias a la calidad de los aparatos, la orquesta me parecía estar tan cerca como en una sala de concierto. Y esa música desconocida me producía escalofríos en la espalda. Daniel apareció:

—¿Te gusta?

—Sí. ¡Es extraordinario! ¿Qué es?

—Gustav Mahler. *Sinfonía N° 3*. Gusta o no gusta. Pero cuando uno es sensible, entra en otro universo, ¿verdad?

Era verdad. Aún hoy, cuando escucho el principio de esta sinfonía, siento la misma emoción que se apoderó de mí aquella tarde.

Daniel no quiso hacerme escuchar el segundo movimiento.

—¿La orquesta es distinta del piano, no?

Vino a sentarse a mi lado, en el sillón.

—¿Hasta ahora nunca has ido a un gran concierto, con una orquesta sinfónica?

—No.

—Me gustaría hacerte descubrir eso. Me gustaría...

Daniel chocaba contra las palabras, las pensaba diez veces antes de decirlas. Me hubiera gustado socorrerlo, romper ese caparazón que escondía el sentido de sus frases. Pues lo sentía atormentado por otra cosa.

—Me gustaría hacerte escuchar una orquesta de verdad... ¿Aceptas?

Dije que sí sin comprender. No me miraba, me hablaba casi mecánicamente, como para enmascarar lo que su propuesta tenía de delicado.

—Tengo dos entradas para un concierto el sábado que viene. El programa te permitiría familiarizarte con la música contemporánea. Creo que podría gustarte. O, al menos, interesarte.

Hubiera jurado que había preparado un discurso. Lo recitaba como una lección bien estudiada.

—Si no puedes venir, no importa. La ocasión volverá a presentarse. Pero me gustaría estar contigo cuando vayas por primera vez a un concierto sinfónico... ¡Eso es!

Se estaba peleando con un paquete de galletitas que no podía abrir. Tomé su mano e inmovilicé su gesto; no tenía nada de hambre. Estaba, sobre todo, muy emocionada y no sabía cómo decírselo. Por último, levantó hacia mí una mirada triste y tímida para decir:

—Tengo la impresión de que la otra vez hubo un malentendido. No me gustaría que volviera a pasar. ¿Podrás el sábado que viene?

No había soltado su mano.

—Sí. Te agradezco. Me dan muchas ganas.

—El concierto es en esa famosa Casa de la Radio donde tu padre ha trabajado. En el estudio 104. He pensado que...

Se calló, inhibido tanto por mi estupefacción como por mi mano sobre la suya.

—Tienes razón. Es muy amable de tu parte.

Yo hacía durar el silencio para que sucediera algo loco o inesperado. Pero Daniel rompió el encantamiento, levantándose bruscamente.

—Espera. Ya que parece que te gusta Mahler, me gustaría hacerte escuchar esto...

Puso otro disco.

Reconocí enseguida a Mahler. Sin lugar a dudas, los compositores tienen un estilo, como los escritores. De repente, una voz surgió de la melodía, un timbre a la vez frágil y grave, tenue y potente.

Como permanecía muda, Daniel murmuró respetuosamente:

—Es Kathleen Ferrier. Desde su muerte, ya nadie ha cantado como ella.

Yo escuchaba, fascinada. Daniel me pasó la tapa del disco. Se trataba de las



*Canciones a la muerte de los niños*, de Mahler.

Cerré los ojos y me dejé acunar por la música. Cuando se detuvo, siguió el sonido de un piano, en una extraña continuidad melódica. Necesité algunos segundos para darme cuenta, de golpe, de que se trataba de una de las tres sonatas inconclusas de mi padre.

Abrí los ojos. Daniel estaba al piano. Lo vi de espaldas. ¿Los fragmentos se habían sucedido? ¿Era mi estado de ánimo particular? ¿O el adormecimiento y el bienestar que se habían apoderado de mí poco a poco? Me sentí transportada muy lejos en el tiempo y en el espacio: ya no era Daniel el que tocaba. Era el pianista sin rostro. O mi padre. O alguien más que no podía identificar y que era la simbiosis de esos dos personajes amados, admirados e igualmente inaccesibles.

La ilusión milagrosa se prolongó hasta que la música se terminó, brutalmente, como cortada por un cuchillo.

El pianista, por fin, se dio vuelta.

Era Daniel. No sabía cómo expresarle mi agradecimiento. Balbuceé:

—Al principio, creí que me estabas pasando una de las cintas magnéticas. ¿Cómo has hecho?

—Oh, grabé todo en un casete. Y retranscribí la música de tu padre para poder aprenderla, trabajarla...

—¡Pero tocas exactamente como él!

—¡Me ha bastado con escucharlo e imitarlo!

Pensé en el tiempo que había pasado en poner a punto esa sonata. De repente, mi mirada dio con el reloj de pared. Era tarde, muy tarde. Mutti me estaba esperando desde hacía más de una hora.

Me levanté de prisa. Daniel me extendió una partitura.

—Toma, está escrita. Pensé que te gustaría sumarla a las otras.

—Daniel, me has hecho pasar una tarde extraordinaria. He sido muy injusta contigo. Has... eres maravilloso.

Ya estaba en la puerta. A mí también me faltaban las palabras. Y Daniel me miraba con una expresión tan conmovedora... Sin pensar, tomé su cara entre mis manos y lo besé, muy rápido. Luego me sumergí en el vestíbulo sin darme vuelta.

Pero regresé a casa lentamente para conservar, el mayor tiempo posible en mi memoria, el contacto de sus labios sobre los míos.



## *La Consagración de la Primavera*

Al día siguiente, busqué a Daniel en el patio. Fue en vano. Nos teníamos que hablar antes del sábado siguiente. No me animaba a llamarlo. No podría verlo en nuestro banco antes del próximo martes. ¿Y si estaba ausente? ¿Enfermo? ¿O si había cambiado de idea? Me había equivocado al besarlo, debió haberle chocado. Imaginé mil hipótesis locas.

El viernes a la noche, Mutti abrió la puerta de mi cuarto:

—¿Jeanne? Teléfono.

Era Daniel. De repente, me vi aliviada de un peso gigantesco.

—¿Sigues estando de acuerdo en ir al concierto mañana?

—¡Claro! Pero... aún no le he avisado a Mutti.

—Acabo de hacerlo —dijo Daniel—. Primero pareció sorprendida de que no le hubieras dicho nada. Pero me dijo que no había problema.

No sabía qué contestarle. Estaba encantada de que se hubiera adelantado, porque eso me evitaba tener que justificar esa salida a Mutti. Pero, al mismo tiempo, me sentía una cobarde.

—Te paso a buscar mañana a la noche, a las ocho. Después, te acompaño a tu casa.

Durante la cena, Mutti no dijo nada. Pero yo estaba demasiado emocionada como para no hablar con nadie. Le tocó a Oma. Tengo una abuela extraordinaria. A ella puedo contarle todo, nada le choca.

Al día siguiente a la noche, Daniel llegó antes de las ocho, en camisa, saco liviano y corbata. Casi vestido de novio. Es cierto que yo también me había arreglado. Había pasado una hora probando todo tipo de ropa, pulóveres, sacos, polleras, pantalones y conjuntos varios. Finalmente, Mutti me prestó su blusa de seda para la circunstancia.

En el subte, sentado frente a mí, Daniel me observaba. Aprovechó una frenada un poco brusca, que nos había arrojado uno contra otro, para murmurarme al oído:

—Está muy linda, señorita.

No nos dijimos prácticamente nada hasta llegar a la Casa de la Radio.

El Estudio 104 se parece a cualquier cosa salvo a un estudio. Es una gran sala en forma de anfiteatro. Nos ubicaron en los dos mejores lugares, de frente, en la primera fila del palco que domina de manera vertiginosa el escenario.

—Aquí —me explicó Daniel—, se tiene un panorama ideal de la orquesta. Y a esta altura, la acústica es excelente.

La sala se llenó; los músicos se instalaron. Luego apareció el director, bajito, robusto, sonriente y menor que todos aquellos que había visto por televisión.

—Es Rafael Frubeck de Burgos —me dijo Daniel—. Un español. Conocido, sobre todo, por sus interpretaciones de las obras de Manuel de Falla.

El concierto comenzó con una serie de *Cuadros para orquesta* de un compositor francés del siglo XX, Jacques Ibert. Consultando el programa, comprendí por qué a

Daniel le importaba que viniéramos a este concierto en particular: cada uno de los fragmentos de esta obra llamada *Escalas* llevaba el nombre de una ciudad. ¡Mi padre no había sido el único en tener esa idea!

Contrariamente a lo que temía, no me sentí para nada despistada. Era colorido, encantador, agradable. Y, sobre todo, la orquesta tenía un relieve extraordinario. Nada que ver con lo que se escucha comúnmente en un equipo de música, por excelente que sea, en casa. Aquí, en directo, podía ocurrir cualquier cosa...

Daniel, que conocía bien la obra, se inclinaba a veces hacia mi oído; me hacía distinguir las trompetas, el arpa, el gong, justo antes de que esos instrumentos intervinieran de improviso. Durante los aplausos, le dije:

—¿Esto es música contemporánea? ¡Pero es genial! ¡Me gusta! Lo que mi padre ha compuesto me parece mucho más difícil.

—Sí. Pero *Escalas* tiene más de medio siglo. Ah, el otro día evocabas a un gran pianista. Y bueno, puedes creerme: aquí tienes uno. Es un maestro.

En medio de los aplausos, los músicos y, luego, el director de orquesta regresaron a sus lugares.

Un hombre mayor, nervioso y seco, de sonrisa maliciosa, llegó entonces al escenario. Saludó al público.

—Su cara no me es desconocida.

—Claro. Lo has visto en los afiches del primer concierto al que fuiste.

—¡Pero cierto, Amado Riccorini!

—Va a interpretar el *Segundo Concierto para piano*, de Saint-Saëns.

Daniel tenía razón, Amado Riccorini es un virtuoso. Su interpretación es tan natural que todo lo que toca parece fácil. Toca y sortea todas las dificultades, sin esfuerzo. Solista, director e instrumentistas parecían cómplices. Dialogaban. Durante el tercero y último movimiento, las notas cayeron en cascada en un eco perfecto con las olas rápidas de la orquesta. Hasta el final, todo estuvo perfectamente en su lugar, como en una ecuación matemática.

El público aplaudió con entusiasmo el desempeño de los músicos. Riccorini tuvo que venir a saludar varias veces. Antes de desaparecer, dirigió a la sala un gesto amistoso, casi familiar, un gesto que me excluía: el viejo solista y su público se conocían desde hacía años. Entre ellos, se había creado una especie de intimidad.

Así fue como abandoné la idea que me había rozado por un instante: confiarle las partituras de mi padre al viejo maestro. No, Riccorini era inaccesible. Lo cual no era aún el caso del joven Niemand.

Durante el entreacto, le conté a Daniel las impresiones que me habían dejado la obra y su interpretación.

—Espera —me dijo—, falta la gran obra. Ha sacudido toda la música del siglo XX.

—¿*La Consagración de la Primavera*? ¡Pero es de 1913!

—En esa época, Stravinsky escandalizó al público. Nadie había escuchado nunca algo tan salvaje, tan nuevo en las melodías y en los ritmos. En su primera interpretación ante el público, el tumulto de la gente cubría la voz de los instrumentos y todos, escandalizados, protestaban. Muchos dejaron la sala. Parece, incluso, que hubo quienes se desmayaron.

—Bueno... Espero que no sea mi caso. Vas a ayudarme a resistirlo.

Nuestras manos se encontraron. Así soldadas, hubiera podido escuchar cualquier cosa.

¡Es cierto que *La Consagración de la Primavera* me provocó una emoción inolvidable!

Al principio, ninguna sorpresa, el auditor está sumergido en una atmósfera misteriosa, más desconcertante que angustiante. Y de repente, la orquesta marca el ritmo,

luego estalla, por último explota en formidables rugidos disonantes. El oído es requerido por todas partes. Pero la mirada tampoco sabe hacia dónde dirigirse. En el momento menos esperado, las trompetas rugen, los trombones se salen de sí, los violines chirrían espantosos y melódicos gemidos.

Me sentí literalmente transportada por ese oleaje monstruoso, fabuloso, vertiginoso. Comprendí hasta qué punto esa música podía haber chocado y escandalizado al público. ¡Aún hoy me parecía audaz y ocurrente!

Cuando la orquesta se calló, cuando el eco de la explosión final se desvaneció, un trueno de aplausos le respondió. Confundí los míos entre ellos; pero me sentía agotada, vaciada como después de una larga carrera de obstáculos.

Alrededor de nosotros, el público comenzaba a dispersarse, elogiando a media voz la interpretación del director español.

—¿Te gustó? —me preguntó Daniel en medio de la multitud.

Por toda respuesta, me acurruqué contra él.

Quería conservar durante el mayor tiempo posible las impresiones de esa noche. Formaban un todo cuyo centro era Daniel, y quería guardarlo en mí.



## *La locura de Toulouse*

La noche de ese concierto memorable, a Daniel y a mí nos había costado separarnos. Apenas nos vimos durante el fin de ese mes de mayo. Nuestros horarios se modificaron por la ausencia de ciertos profesores que tenían que tomar exámenes. Yo estaba libre a menudo y sin saber qué hacer. Pero nuestro banco estaba desesperadamente vacío y Daniel, en el teléfono, me daba el pretexto de unos últimos repasos por hacer. Tenía la impresión de que se estaba escapando de mí.

Escuchando France-Musique, me enteré por casualidad de que Paul Niemand daría un concierto a principios de junio. Tendría lugar en Toulouse, en la Halle Aux Grains. Era imposible perderme semejante oportunidad. Pero Mutti no tuvo la misma opinión. Para nada.

—¿Cómo? ¿Un concierto en Toulouse? ¡Pero Jeanne, ni se te ocurra! ¿Por qué no en Tokio o en Filadelfia?

—De todas maneras, Mutti, iré. Debo darle a ese pianista las partituras de papá.

—¡Envíaselas por correo!

—¿A qué dirección? No. Debo verlo, explicarle... Quiero dárselas en mano.

Se encogió de hombros, fastidiada.

—De acuerdo. ¿Pero es tan urgente? ¡No es el último concierto de Paul Niemand! Volverá a tocar, seguramente, en París.

—Dentro de algunos meses, será famoso e inaccesible. Tal vez, ya sea demasiado tarde.

Mutti tenía su cara de los malos días. A veces, es tan obstinada como yo. Trató de probarme que sería inútil insistir.

—Jeanne, es un capricho, una locura. Sabes que consiento dejarte pasar muchas... ¡Pero esta, no!

Afortunadamente estaba segura de contar con un aliado.

El martes siguiente, me encontré con Daniel en el banco. Cometí el error de lanzarme enseguida en una explicación de mi problema. La cara radiante de Daniel se iba modificando a medida que hablaba; ni siquiera buscó disimular su inquietud.

—Un minuto, Jeanne. ¿No estarás esperando que yo te acompañe a Toulouse? ¿Sólo para ir a ese concierto de... Paul Niemand?

¿Para qué confiarle mi verdadera intención de entregarle al joven pianista las partituras de mi padre? Sus reparos me revelaban de golpe lo que venía sospechando desde hacía un tiempo. Acumulaba buenas razones para echarse atrás:

—¿Se lo contarías a tu madre? ¿Y crees que estaría de acuerdo? ¿Que nos daría su bendición para permitirnos ese fin de semana en la otra punta de Francia? ¿Que me diría: "Daniel, tengo confianza en usted. Váyase en tren con mi hija. Tome, aquí tiene la plata para el concierto y hasta para el viaje"? ¿Por qué no para el hotel también?

La cólera y la pena me formaban en la garganta un nudo que estaba por explotar. Era verdad, había soñado. Había soñado que Daniel tomaría por asalto esta oportunidad. Que me diría: "¿Avisarle a tu madre? Inútil, es evidente que no aceptará. Yo la llamaré desde la estación, justo antes de nuestra partida, y le diré: 'Señora, Jeanne está conmigo. ¡La amo! ¡Me la llevo! ¡Y ni siquiera le pregunto qué piensa! Sí, es una locura. Pero estoy

loco, señora, loco por su hija".

Desgraciadamente, este tipo de situación no se produce más que en las novelas edulcoradas. O en las series malas de la tele, como *Un amor de verano*.

Daniel me daba argumentos de adulto, de padre, de profe. Me había olvidado de que era razonable. Y eso no podía soportarlo.

—¡Jeanne! ¡Espera... Jeanne!

Me fui corriendo, sin darme vuelta. Regresé a casa en un paso para subir enseguida a lo de Oma. En llanto, le expliqué lo que acababa de ocurrir: mis esperanzas, la negativa de Daniel, mi decepción. Y la necesidad absoluta de ir a Toulouse para entregar esas partituras al pianista.

Oma me escuchaba, vacilante y perpleja:

—No... eso también es mucha plata, querida mía.

—¡No es una cuestión de plata, Oma! Te pago el viaje, el hotel, el concierto. ¡Qué importa si se me van en eso todos mis ahorros! Compréndeme, no es por mí, es por papá. Para que exista, ¿entiendes?

—Voy a ver... Voy a hablar con Grete. No te garantizo nada.

Hubo una reunión familiar a la noche siguiente. Hasta Florent participó. Mutti fue la única en hablar. Cedía. Pero le daba a mi victoria el gusto del fracaso.

Fue algo breve y seco:

—Te irás el sábado con Oma. Tu abuela piensa que podrían tomar el *Capitole* después del concierto. Yo les aconsejo reservar un hotel y regresar el domingo. Se sabe cuándo comienza un concierto, pero no cuándo termina. Sobre todo, si quieres ir a ver a tu pianista. Está de más decir que corres con los gastos de esta locura ridícula. Si termina bien, estaré encantada. Pero si no sirve de nada, como pienso, te pido que nunca más me vuelvas a hablar de todo esto. ¿De acuerdo?

Era la guerra. Pues en "todo esto", nadie dudaba de que Mutti incluía las partituras, los conciertos, Paul Niemand, mi padre. Y hasta incluso, la música en general.

Tenía que lograrlo.

La continuación se hunde en una pesadilla espantosa.

Oma y yo tomamos el *Capitole* el sábado a la tarde. Inútil aclarar que Mutti no nos acompañó a la estación. A pesar del confort del tren, el viaje fue largo y penoso. Había llevado conmigo resúmenes de Ciencias naturales y fichas de Historia para repasar. Imposible concentrarme. No tenía en la cabeza más que las palabras que iba a pronunciar y que convencerían a Paul Niemand. Quería mirar el paisaje, pero mi alma estaba más lejos que el horizonte. Me hubiera gustado saltar del tren y empujarlo para que avanzara a mayor velocidad.

A veces, Oma alzaba los ojos de su revista y me miraba entre suspiros.

En Toulouse, primero fuimos al hotel a dejar nuestro equipaje. Claro, habíamos reservado todo por teléfono, incluso las entradas para el concierto. En las calles, en las cercanías de la Halle Aux Grains, la silueta de mi pianista sin rostro cubría gran cantidad de carteles. Mi orgullo se teñía de amargura, Paul Niemand se escapaba. Todavía, no sabía hasta qué punto...

Llegamos entre los primeros; estábamos bien ubicadas, en la fila diez o doce de la platea. Oma compró el programa. Apenas lo miré. Esta vez, no venía a escuchar a Beethoven, ni a Liszt, ni mucho menos a Stockhausen.

Al principio, constaté con alivio que Paul Niemand estaba allí; hasta el último



minuto, había temido que reemplazaran al solista. ¡Sabía que eso era posible!

Lo que interpretó me fue por completo indiferente. Con mis partituras sobre las rodillas, estaba esperando el final del concierto.

Durante el bis, mi atención se encontró de golpe cautivada. Paul Niemand, una vez más, interpretaba una de sus composiciones: una sonata que se parecía singularmente a la última de las tres obras inconclusas de mi padre. La estupefacción perturbaba mi atención. Era evidentemente imposible. Sin embargo, identifiqué a la perfección una frase entera, la última... ¡pero la sonata siguió!

El eco del piano ya se perdía en mi memoria. ¿No había soñado? ¿No estaría tomando mis sueños como reales? Esa era, sin duda, una razón suplementaria para encontrarme con el intérprete.

Ese bis fue una apoteosis. El público ovacionó al pianista que vino a saludar varias veces. Mientras sacudía frente a las primeras filas de la platea su cabellera abundante, mi corazón latía con fuerza. ¡Ojalá todo sucediera como lo había previsto!

No esperé el final de las ovaciones. En cuanto llegamos a la Halle Aux Grains, ubiqué los bastidores. Me lancé hacia allí. Ya había una multitud ante la puerta que conducía a los camarines de los artistas: espectadores deseosos de felicitar al solista y, también, gran cantidad de periodistas. Dos hombres impedían a toda esa gente ir más lejos.

Con el aplomo más natural del mundo, me abrí paso en el grupo, ostentando el paquete de partituras. Cuando llegué a la altura de los dos hombres, me escabullí entre ellos.

—¿Señorita? —preguntó uno.

—Son las partituras de Paul Niemand —dije sonriendo.

Sin detenerme, empujé la puerta.

Un brazo vigoroso me impidió ir más lejos.

—¡Pero... es urgente!

Mi error fue haber querido franquear la barrera de los dos guardias. Olía a trampa.

—Un segundo, señorita. El agente artístico del señor Niemand está por llegar.

—Discúlpenos. Tenga a bien retroceder, por favor.

Había fallado, como lo confirmaban las miradas un poco burlonas de los dos hombres.

De repente, la famosa puerta se abrió y un hombre alto, de esmoquin, apareció. Enarbolaba una sonrisa espléndida. Una verdadera publicidad de dentífrico. De inmediato, las conversaciones, las protestas, los murmullos se apagaron.

—Señoras y señores, Paul Niemand me encargó de dirigirles su agradecimiento por su interés. Asimismo, les comunica sus disculpas, no desea ver a nadie...

Un clamor de irritación, casi de cólera, surgió del grupo a mi alrededor.

—¡Que se cuide! —gritó a mi lado una mujer, blandiendo una cámara de fotos— Somos los trampolines de su éxito. ¡Pero también, podríamos ser los de su olvido!

—¿Y, además, qué es ese desprecio hacia quienes se interesan por él? —protestó otra persona.

—¡Este anonimato es un truco! —lanzó un desconocido en tono vindicativo—. Hasta ahora, funcionó, pero el público se está cansando.

—¿Quién sabe si Paul Niemand no es un artista conocido que se esconde detrás de una peluca? ¡Tal vez, es el mismo Amado Riccorini!

—¡Sí, una buena manera de llamar la atención!

—¡Y de duplicar sus *cachets*! Señor Jolibois, ¿usted también es el agente artístico de Amado Riccorini, verdad?

El interpelado levantó los brazos en un gesto de apaciguamiento:

—Señoras, señores... se equivocan. Paul Niemand no es Amado Riccorini. ¡Se trata realmente de uno de sus alumnos del Conservatorio Nacional Superior de París!

Surgieron exclamaciones y preguntas:

—¡Ah, por fin alguna información!

—¡Ese es un secreto a voces! ¡Lo sabemos desde el principio!

—Ningún alumno de Amado Riccorini se llama Paul Niemand. ¿Quién es?

El llamado Jolibois agitó los brazos con frenesí.

—Es verdad que la incógnita de Niemand ha contribuido a su éxito. Pero tengo una buena noticia para ustedes: al final de su próximo concierto, todos los misterios serán revelados.

—¿Veremos su rostro?

—¿Conoceremos su identidad?

—¿Podremos hablar con él?

—¿Entrevistarlos nosotros mismos?

El agente artístico ya no sabía qué hacer con sus brazos. Parecía un espantapájaros, un director algo ridículo desbordado por una orquesta en delirio.

—¡Sí! —exclamó por último—. Sí, respondo que sí a todas las preguntas. Paul Niemand se ha comprometido a ello. Como yo, los espera entonces dentro de tres semanas en la sala Pleyel. Señoras y señores, muchas gracias.

Sin deshacerse de su sonrisa, dio media vuelta y desapareció entre bastidores. Los dos hombres se pusieron al frente de la puerta. El presidente de la República no hubiera estado mejor protegido.

Frustrados, admiradores y periodistas comentaron al dispersarse las promesas del agente artístico. Obstinada, yo no me moví un milímetro. Al cabo de unos segundos, uno de los guardias me advirtió:

—¿Ha escuchado, señorita? No verá a Paul Niemand. Tenemos órdenes.

—Yo también. Debo entregarle estas partituras. No me iré de aquí.

—Como guste.

Pensé con terror que en ese mismo momento el pianista debía estar saliendo por la entrada de los artistas. ¿Tal vez tendría que haber ido a esperarlo allí? Pero unos guardias debían estar también cortando el camino a los inoportunos. Al menos, lo habría visto, me lo habría cruzado...

No sé qué sucedió, quizás lloré, empalidecí, o de repente impresioné a los dos hombres. Uno de ellos dijo:

—Voy a ver, espere.

Desapareció por la puerta. Mi esperanza dio un salto. Y cayó muy rápido. Cuando el hombre volvió a aparecer, sólo estaba acompañado por el agente artístico del pianista. Este se inclinó hacia mí, en una actitud casi paternal.

—¿Pero, al fin y al cabo, qué desea, señorita?

—Quisiera ver a Paul Niemand... entregarle estas partituras.

En tres frases, entre dos sollozos, le expliqué de qué se trataba. Apoyó sobre mis hombros sus manos grandes como remos:

—Comprendo. Comprendo perfectamente, señorita. Pero Paul Niemand ya no está en su camarín. Mire, ya se retiró.

—¡Debí... debí haberlo esperado a la entrada de los artistas!

La sonrisa de Jolibois se volvió tierna y triste.

—Inútil, salió con los espectadores, se mezcló entre ellos. Nadie lo ha reconocido.

Le extendí mis partituras.

—Sea amable, déselas. Dígale que voy a escribirle para explicarle...

Sacudí la cabeza.

—No hará nada con esas partituras, señorita.

—¡Por supuesto que las mirará! ¡Su música se parece tanto a la que escribía mi padre!

—Paul Niemand tiene otras cosas que hacer. Mire, lo siento mucho.

Ya estaba retrocediendo, se alejaba. Entre todas mis previsiones, incluso las peores, no había imaginado un fracaso semejante. Arrojé las partituras al piso, gritando:

—¿Pero qué le cuesta tomarlas? ¡No importa! ¡Acabará por recibirlas! ¡Se las enviaré por correo!

Jolibois se dio vuelta. Seguía sonriendo. Era peor que si estuviera enojado.

—Soy yo quien recibe su correspondencia, señorita. Me ha pedido que la clasifique y que responda todas las cartas.

El hombre desapareció. Estaba ahí, quieta, llorando, arrodillada sobre la moqueta. Oma vino a levantarme.

—Vamos, vamos, Jeanne. Mi pequeña, vamos ya...

Creo que lloré toda la noche. Es el único recuerdo que he guardado de ese hotel de Toulouse, *El Gran Balcón* creo, célebre porque allí se reunían, durante la primera mitad del siglo, todos los pioneros de la aviación.

El domingo, el regreso a París fue triste, silencioso, fúnebre. Oma ni siquiera intentaba consolarme.

En casa, Mutti no me preguntó nada. Me fui a encerrar en mi cuarto mientras su madre, supongo, le contaba en detalle nuestra expedición.

Me encontré con Daniel en el banco el martes siguiente. ¿Habría sido por mi cara triste? No me preguntó nada sobre el concierto. Desde entonces, Paul Niemand se volvió un tema tabú. Lo cual ya era demasiado.

Pero Daniel estuvo, lo reconozco, particularmente atento y tierno. ¿Cómo no oponer su delicadeza, su preocupación por satisfacer mi más mínimo deseo, al egoísmo y a la pretensión de ese pianista? Ahora, ese pequeño genio de la música me producía horror. Deseaba que esa estrella desapareciese tan rápidamente como había nacido.



## *Un fin de curso amargo*

Me interné a repasar, poniendo entre paréntesis el problema de las partituras de mi padre. Para concentrarme mejor, llegué a perder la costumbre de escuchar discos mientras estudiaba. Dentro de quince días, el año escolar habría terminado. Abandonaría mis libros para recuperar la música.

En ese momento, ignoraba incluso si volvería a ver a Daniel antes de fin de año. El martes, ya no estaba. No me llamaba por teléfono.

Llegó el día de la reunión de profesores. Asistí a ella como delegada adjunta. Pasé a tercero, como había previsto. Me pareció tan normal que no sentí alegría alguna. Cuando salí del Chaptal, ya eran un poco más de las cuatro. Y entonces, para mi gran sorpresa, ¡vi a Daniel en nuestro banco, escribiendo!

Fue como un rayo de sol. Era el acontecimiento más agradable de la semana. Quise ir a sentarme a su lado sin que me viera. Pero estaba aún lejos cuando alzó los ojos. Por su mirada, comprendí que había ido a esperarme.

Me preguntó si andaba bien y cómo se presentaba el examen.

—Paso a tercero. Es lo principal.

Sentía que esas preguntas rituales no eran más que un preámbulo. Daniel es como una sonata, una ópera, un concierto: antes de entregar y desarrollar el tema principal, necesita una exposición, un preludio.

—Jeanne —me dijo por fin—. Tengo muchas razones para pedirte perdón.

—¿Tú? ¡Te estás riendo de mí!

—No. El otro día, cuando me propusiste acompañarte a Toulouse para ese concierto...

Mi rostro debe haberse endurecido de inmediato.

—Es inútil volver sobre eso. Te lo ruego, Daniel, no hablemos más de ese tema.

—Me gustaría... ¿Cómo decírtelo? Arreglarlo.

—No hay nada que arreglar.

—Oh, sí.

Sacó dos tiques de su bolsillo. Dos tiques cuyo color rosa me resultaba familiar.

—Aquí tienes —continuó, muy perturbado—. Creíste que estaba celoso de ese pianista, Paul Niemand. Pensaste que fue por despecho que me negué a acompañarte a Toulouse... Espera, no me interrumpas. Quisiera probarte lo contrario. Tu virtuoso va a dar un nuevo concierto el sábado que viene en la Pleyel.

—Sí. Estoy al tanto.

—¿Aceptarías que fuéramos juntos?

Me quedé muda. ¿Qué decirle? Claro, era muy amable de su parte. Pero llegaba demasiado tarde.

—¿No te gustaría?

No sé muy bien mentir. Comprendió que le estaba escondiendo algo.

—Sabes, Paul Niemand me ha decepcionado mucho.

—¿Sí?

No tenía nada de ganas de relatarle mi expedición y el fiasco de mi empresa. Un pequeño resto de amor propio.

—Sin embargo —afirmó—, he leído las críticas de su último concierto...

—¡Oh, no estoy hablando de su manera de tocar! Pero se ha convertido en una estrella. Cultiva su apariencia y su anonimato para llenar las salas.

—Justamente, afirman que durante este nuevo concierto, va a revelar todo sobre...

—Sí, lo sé.

Daniel dejó pesar un breve silencio. Tímidamente, agregó:

—Pensé que te alegraría asistir a ese concierto. Creía que te gustaba ese pianista.

—No, Daniel. Tú me gustas.

Ni siquiera era una confesión, sino una simple constatación. Comprendí su alcance en el momento mismo en que la estaba formulando.

—No creo que sea de mí de quien gustas, Jeanne —dijo sin mirarme.

—¿Cómo? ¿Pero qué te permite afirmar eso?

—No es una afirmación, es una duda. Creo que tú misma te equivocas. En realidad, estás enamorada de ese pianista.

—¡Lo odio!

—Es lo mismo. O bien amas a tu padre a través de él. Porque los dos te parecen igualmente gloriosos e inaccesibles. Es tanto más fácil amar un recuerdo, una imagen. ¡Es tanto más lindo que la realidad!

—Te equivocas.

—Puede ser... ¿Y si simplemente amaras la música, Jeanne?

—¡Pero tú me has hecho descubrir la música!

—¿Yo o ese pianista?

Suspiró, agregando:

—Él o yo, ambos fuimos solamente instrumentos.

—Sí. Pero tú, Daniel, estás aquí. Te conozco. Existes.

Alrededor de nosotros, los transeúntes pasaban, los autos vociferaban, los pájaros cantaban entre los árboles que recuperaban su color verde. Me había encariñado con ese sitio, ese banco, ese paseo, aunque no tuvieran nada de amable ni de excepcional. Pero se habían vuelto una parte de mi existencia. Ya se estaban construyendo un lugar en mi memoria, un espacio acogedor que deseaba preservar. Ignoraba si Daniel no era más que un fragmento de ese presente en marcha, o si acompañaría mi vida. Deseaba en verdad continuar ese camino que comenzaba en aquel banco, cerca del colegio. De a dos, el mismo recuerdo cobra otro relieve. Porque no es exactamente el mismo.

—¿Qué debo hacer con estas entradas?

—Guárdalas. Iremos. Estoy muy contenta, Daniel, contenta de pasar unas horas contigo.

Puse a Mutti al tanto de esa salida que tendría lugar justo después de mi examen. No pronunció ninguna reserva. Desde hace unas cuantas semanas, ya no hablamos mucho.

## *El rostro del pianista*

La noche del concierto, me sorprendió la agitación que se había apoderado de mi casa. Oma iba y venía de su casa a la nuestra. Florent protestaba porque Mutti quería hacerle poner a toda costa una camisa que le apretaba el cuello. Ella misma se había comprado un conjunto vaporoso, levemente escotado, color durazno, que la transfiguraba. No pude dejar de exclamar:

—¡Ah, Mutti... qué elegante! ¿Pero adónde van ustedes tres esta noche?

—¡Pero tú también sales! ¿Acaso te pedimos que nos rindas cuentas? ¡Eso no va contigo!

¿Celosa? Sí, sin lugar a dudas, lo estaba un poco. Y de Mutti, para colmo. Estaba hermosa. Parecía más joven. De repente, tomé conciencia de que tenía apenas más de cuarenta años. Me parecía más seductora que yo. Por otra parte, esa noche, yo me pondría un conjunto que Daniel ya conocía. Necesitaría unos cuantos meses más para reponerme del déficit de Toulouse y devolverle a Oma lo que le debía.

Sonó el timbre. Mutti le abrió a Daniel que, de traje y moño, se inclinó para besarle la mano ceremoniosamente. Mutti disimuló la risa. Reprimí mi mal humor y les deseé que lo pasaran bien. Me fui con Daniel.

—¡Tengo la impresión de que todos estamos disfrazados esta noche! —le dije en el ascensor.

Él también me pareció acartonado, como si estuviera actuando.

—Oh, siempre estamos disfrazados —me contestó, con toda la seriedad del mundo—. Es una cuestión de convención y de época... Lo principal es estar a tono con las personas con las que te encuentras, en un momento y en un lugar particulares.

No era del todo cierto. En el hall de la sala Pleyel, muchos espectadores llevaban puesto un pulóver, una remera, un vaquero. Pero había quienes estaban de traje y algunas mujeres vestían de largo. La atmósfera estaba electrizada, las conversaciones eran enigmáticas; se habían formado pequeños grupos de habitués que se perdían en conjeturas:

—¡Sólo tocará sus obras, pongo las manos en el fuego!

—¡Qué! ¿Sus famosos bises? ¡Pero si nunca dijo que él era el autor!

—¡Todo esto parece ser una inmensa mistificación!

—Dentro de dos horas, lo sabremos.

—¡Oh, miren allá! ¿No es el célebre Amado Riccorini?

Era él, en efecto, rodeado por una multitud de admiradores. Sonreía, estrechaba manos, firmaba a veces un autógrafo.

Daniel se acercó a mí, me tomó del brazo. Sonrió, algo crispado:

—Y bueno, Jeanne, este no es un concierto cualquiera...

Parecía angustiado de golpe, nervioso, en alerta.

Creí reconocer a algunas personas que ya había visto en otros conciertos, sobre todo a varios periodistas, con sus bolsos colgando del hombro.

—Está toda la prensa... Pero claro, de hecho, ¿cuál es el programa del concierto?

Me acerqué a uno de los afiches. Bajo la foto ya clásica de Paul Niemand, con la cabeza gacha, cuyo cabello largo y oscuro llegaba casi hasta las teclas del piano, solamente se leía:

GRAN CONCIERTO DE FIN DE TEMPORADA  
MÚSICA CONTEMPORÁNEA  
SIETE SONATAS

—Ven. Vamos a sentarnos.

Casualidad extraordinaria, estábamos en la segunda fila de la platea. Me senté exactamente en el mismo lugar que había ocupado nueve meses atrás, durante el concierto en que Paul Niemand había reemplazado a Riccorini. Estuve a punto de contárselo a Daniel, cuando me dijo:

—¿Todo bien? ¿Estás cómoda?

En vez de sentarse a mi lado, me dejó el programa y se fue, abriéndose paso entre las filas de asientos. En el pasillo central, se dio vuelta, me hizo una seña con la mano, como para decirme: "No te muevas, ya vuelvo, es un minuto".

El programa no me informó nada nuevo. Lo hojeé con distracción, esperando el regreso de Daniel. Desde que habíamos salido de casa, lo notaba inquieto. La sala se llenó enseguida. El timbre que invitaba a los espectadores a ocupar sus asientos se calló y dio lugar al alborozo animado de la espera.

Daniel no volvía.

Cuando dos minutos más tarde, las luces y las conversaciones se apagaron, todavía no había regresado. Entonces, me invadió la preocupación. Daniel, seguramente, se sentía mal. Por nada en el mundo me habría dejado sola durante el inicio del concierto.

La aparición del pianista sin rostro en el escenario retuvo mi atención. Se adelantó para saludar al público. Volvía a encontrármelo como en octubre, a tres metros de mí. Pero con una animosidad hacia él que no se había apaciguado. No estaba por él esa noche, sino por Daniel.

Y Daniel no estaba.

Me pareció que el público estaba avaro con los aplausos. Daba la impresión de que los espectadores, esta vez, no se dejarían seducir. Esperaban que el virtuoso pasara sus pruebas. Paul Niemand arrancaba con la desventaja que la sala, fría, le comunicaba por medio de su atención crítica.

Comenzó a tocar.

Miles de suposiciones se arremolinaban dentro de mi cabeza. A pesar de mí, ocuparon poco a poco el lugar de la música, que poseía resonancias familiares. Sí, era exactamente el estilo de mi padre, al menos, de lo que había podido conocer con sus tres fragmentos inconclusos. Pero no, se trataba simplemente de obras idénticas a las que Paul Niemand interpretaba en los bises de sus anteriores conciertos. Lo cual, pensándolo bien, era lo mismo...

La magia de aquella sonata desconocida no tardó en producir efecto. El público, visiblemente cautivado, contenía la respiración. Se desprendía de esta obra un movimiento ascendente, una potencia, un dinamismo que forzaban la admiración. Concluyó en una apoteosis de acordes superpuestos, disonantes, que formaban un racimo maravilloso que me hizo estremecer.

El pianista, por fin, alzó la cabeza.

Tronaron los aplausos. En el corazón de esa ovación unánime, me levanté, apoyé mi saco en el asiento y el programa, en el de Daniel.

—Permiso... Discúlpeme.

Mi avance entre las piernas y los asientos estuvo acompañado por quejas reprimidas. Con toda evidencia, era una provocación dejar la sala no bien terminado el primer fragmento.

En el baño, nadie.

—¡Daniel! ¿Daniel?

Abrí todas las puertas, nada. Fui hasta el guardarropas, donde la empleada,



categoría, me contestó:

—No, no salió nadie, señorita.

¿Dónde estaba? Si se trataba de una broma, era de muy mal gusto. ¡Seguramente nos habíamos cruzado, iba a encontrarlo en su lugar, en la sala! Una acomodadora me impidió el ingreso.

—Por favor, espere hasta el final del segundo fragmento. Y después, apúrese.

Cuando a los diez minutos, volví a mi asiento, Daniel todavía no había regresado. Me senté lo más discretamente posible.

Ahora, ya ni hablar de moverme. En el escenario, Paul Niemand estaba saludando. Se había ganado al público.

Comenzaba a tocar de nuevo. Este fragmento era muy diferente, intimista, casi susurrado. Parecía una caricia, un viento tímido y ligero que penetraba hasta el alma. Era un paseo por lugares inexplorados...

La sonata concluyó demasiado pronto. Se volvieron a oír aplausos teñidos de impaciencia.

El concierto prosiguió.

En el entreacto, la mujer que estaba sentada a mi lado, al levantarse, no ocultó su entusiasmo:

—Tengo la impresión de estar asistiendo a un acontecimiento importante... Qué suerte estar aquí esta noche.

—Sí, es un gran momento —aprobaba su amiga—. Y no ha terminado.

Estuve a punto de olvidar la ausencia prolongada de Daniel. Me mezclé con la muchedumbre que fluía hacia el hall, el bar, el baño. Los comentarios iban y venían. Pesqué a algunos al pasar, comparaban a Paul Niemand con Liszt, Chopin, Rachmaninov.

—¡Rachmaninov! ¿Qué dices? Era un pianista regular. Y no ha aportado mucho a la música. Mientras que este tipo no solamente es un virtuoso, sino también un compositor que marcará a su siglo...

—Se siente la influencia de Prokofiev, ¿verdad?

—No. Más bien la de Boulez o Ligeti...

—¡La de Britten, en las melodías!

—Y hay algo de Messiaen en el uso de las quintas.

—¡Dicen pavadas! Este tipo recibió muchas influencias, pero las ha digerido perfectamente, las ha integrado... ¡Tiene una personalidad, un estilo!

—Con todo esto nos estamos olvidando de su manera de tocar...

Pero claro, el héroe de la noche ya no era el pianista en sí, sino el autor de las obras que estaba interpretando. ¿Se trataba de la misma persona?

Del otro lado de las puertas de vidrio, intentaba distinguir a las personas que estaban en el café de enfrente... No. Era inverosímil.

Me perdí entre la gente, perpleja. ¿Daniel? Ya ni siquiera lo buscaba. Por supuesto, había una explicación para su ausencia, para ese misterio. La única que hubiera podido levantar todas aquellas ambigüedades era demasiado loca como para detenerme en ella tan sólo un instante. Pero en cuanto me pasó por la mente, me resultó imposible deshacerme de ella: volvía a la carga, obstinada como un insecto: "Vamos, vieja, calma. Te estás haciendo una película".

¿Pero cómo entretener esa cabeza con algo más que preguntas? ¿Y qué hacer cuando la misma respuesta parece resolver todas las ecuaciones?

El timbre que marcaba el final del entreacto me hizo regresar de inmediato a mi lugar. Por poco temo encontrar a Daniel. Su presencia habría derrumbado esa loca esperanza que comenzaba a crecer.

Cuando la sala se llenó de nuevo, se apagaron las luces. Paul Niemand volvió a hacer su aparición. Lo ovacionaron cuando ni siquiera había comenzado a tocar.

La segunda parte del programa constaba de tres obras nuevas. Eran más espectaculares y novedosas —¿acaso podía ser de otro modo?— que todo lo que ya habíamos escuchado. Multiplicaban las audacias, los inventos rítmicos y creaban una alquimia sonora tal que nos preguntábamos por momentos si no había instrumentos desconocidos en reemplazo del piano.

Sin embargo, en el escenario, no había más que un instrumento y un solista. Formaban un solo cuerpo, como esos caballeros que, integrados en la montura, comunican por instinto el camino, que conocen de memoria.

Era algo sublime.

Cuando terminó el último fragmento, su eco se apagó en una extraña calma. Había leído en un disco poco tiempo antes: "Después de una obra de Mozart, el silencio que se instala sigue siendo Mozart". Aquí, el silencio que se había instalado me pareció una respiración gigantesca; el público tomaba impulso para expresar su delirio.

Pues se produjo algo así como un delirio, entre aplausos, claro, pero completamente ahogados por los gritos de los espectadores fuera de sí, de pie, gritando sin límites su asombro y su alegría. ¿Cuánto tiempo duró esta aclamación general? ¿Cinco, diez o quince minutos?

No terminaba más, redoblaba, se apaciguaba por momentos, pero no era sino para volver al asalto, como un flujo.

Primero, el pianista vino a saludar. Dos, tres, cuatro veces. Luego se resignó a quedarse y no pudo más que agradecer al público agachando, una y otra vez, la cabeza. Por último, ante aquel clamor que no terminaba, permaneció de pie frente a nosotros, tímido, confundido, molesto por ese desencadenamiento que no sabía controlar, calmar, ni mucho menos detener.

Entonces regresó al piano.

Los aplausos continuaron, disminuyeron y se callaron con pesar. Apenas instalado el silencio, Paul Niemand se dispuso a seguir tocando.

Con el primer acorde, mi corazón se detuvo: era la sonata inconclusa *Jeanne 39*, que habíamos bautizado *Castillon*. En un relámpago, volví a ver la escena que tuvo lugar seis semanas atrás. Daniel había interpretado esa sonata para mí en su casa. Sin duda, yo había estado esperando una conclusión de este tipo, la había estado anhelando sin siquiera creerlo y resulta que estaba ocurriendo.

No terminaba de sorprenderme. En el momento en que comprendí que el fragmento iba a interrumpirse dentro de unos segundos de manera abrupta, el pianista siguió tocando, sin detenerse. La continuación me resultaba desconocida y, sin embargo, era la misma obra, el mismo impulso, el mismo camino. El pianista había colmado el vacío final, había completado e interpretado los silencios. Había cerrado la obra.

Estaba conmovida, petrificada en el asiento, convencida de que el espejismo se desvanecería con el más mínimo de mis movimientos.

Todo el resto transcurrió en una especie de bruma que aún hoy sigue cubriendo el conjunto de recuerdos.

Se calmaron los aplausos cuando apareció en el escenario un hombre bajo, transpirado y con panza. Lo reconocí, se trataba del director de la sala, el mismo que, unos meses antes, había anunciado al público que Amado Riccorini estaba enfermo.

Tomó de los hombros al pianista y lo llevó casi a la fuerza hacia adelante. Entre los espectadores, el entusiasmo cedió su lugar a la curiosidad. El público se calló.

El hombre tosió levemente y declaró en tono oficial:

—Señoras y señores, quiero antes que nada aclarar que fue Paul Niemand quien deseó brindar a ustedes esta misma noche el esclarecimiento... ¡Señor Paul Niemand, es su turno!

El director de la sala se apartó, pasó por detrás del piano como para mostrar que se retiraba.

Durante un instante, el pianista permaneció frente al público, como dudando acerca de la actitud que debía adoptar. Un espectador o un periodista le dio la señal al gritar, desde el fondo de la sala:

—¡La peluca!

Paul Niemand lo aprobó. Se la sacó de golpe. Por fin, mostraba su rostro y daba a conocer su identidad.

En el silencio que siguió, crepitaron decenas de flashes.

Daniel me miraba. Y dentro de mí, algo enorme y desconocido se desbordaba de repente, una emoción que no podía controlar y que surgía sin contención.

Se adelantó:

—No me llamo Paul Niemand —dijo—. Es un seudónimo que utilicé aquella primera noche de octubre en que me pidieron que reemplazara a mi Maestro...

Tenía esa voz que yo conocía tan bien, tímida y vacilante. La del alumno de tercero que había dado a los alumnos de 2º B una clase especial sobre Schubert. ¡Qué contraste con su seguridad y su virtuosismo en el piano!

—Si hoy estoy aquí, si merezco una pequeña parte de sus aplausos, se lo debo a quien es mi Maestro desde hace años, Amado Riccorini.

Daniel señaló a alguien de la primera fila, a mi derecha. ¡Amado Riccorini estaba sentado a pocos metros de mí y yo ni me había dado cuenta! El público lo aclamó a más no poder. El maestro se levantó, se dio vuelta, sonrió, saludó a los espectadores que seguían aplaudiendo. Daniel le hizo una seña para que subiera al escenario. El director de la sala fue a ayudarlo a subir los escalones empinados que conducían hasta el escenario. Riccorini avanzó hasta su alumno aplaudiéndolo.

—Estos elogios...

El público se negaba a hacerlos disminuir. Daniel puso cara de enojado, alzó la voz para afirmar, casi contrariado:

—¡Estos elogios, esta noche, no están destinados a mí! Los acepto, pero para dedicárselos al compositor de las obras que acabo de interpretar... En efecto, no soy yo el autor de los bises de mis conciertos anteriores. Ni el de las siete sonatas que han escuchado esta noche. El compositor de estas obras...

El silencio se había restablecido por completo. La atención del público se volvió más aguda.

—... ¡se llama Oscar Lefleix!

Fue la señal de una nueva salva de aplausos. Concluyó en un sonido ritmado, como el que reclama el regreso de un solista.

—¡Lefleix! —gritó uno en el fondo de la sala.

—Sí, ¡Lefleix! ¡Lefleix! —repitieron al unísono.

Enseguida, sin dudar de la presencia del compositor en la sala, el público comenzó a escandir:

—¡LE-FLEIX! ¡LE-FLEIX!

Daniel alzó los brazos en un gesto de apaciguamiento. Una vez reinstalada la calma, declaró:

—Oscar Lefleix murió en 1985.

Un grito de decepción se oyó entre el público.

—Pero quiero saludar aquí a la persona que ha encontrado sus partituras y ha hecho revivir su memoria. Sin ella, este concierto jamás hubiera tenido lugar. Esa persona es... su hija: ¡Jeanne Lefleix!

Daniel señaló a alguien delante de sí, en las primeras filas. Una nueva ovación surgió en toda la sala. Me llevó bastante tiempo comprender que esa seña me estaba destinada, traducir los gestos desesperados de Daniel que hacía señas para que me acercara.

Me levanté, más muerta que viva, avancé mecánicamente, dócil, sin entender bien

lo que estaba haciendo. De repente, me sentí cubierta de aplausos y de luces. Daniel me recibió arriba del escenario. Me abrazó y me besó. En la sala, resonaron los bravos. Me sentía casi avergonzada de estar allí.

—Daniel, Daniel...

Me refugié cerca de él y balbuceé:

—¿Por qué? ¿Pero por qué?

Giré hacia el público, cerré los ojos e intenté esbozar una sonrisa. Y pensé tan fuerte cuanto pude en mi padre. Ahora existía. Esos aplausos le estaban destinados. Y mejor aún, ya no habría de desaparecer. Habría de revivir sin cesar en todas las memorias gracias a sus obras resucitadas.

Al cabo de largos minutos, las luces del escenario se apagaron y el público comenzó a dispersarse. Sólo había frente al escenario unas treinta personas, a quienes el director de la sala dijo:

—Señoras y señores periodistas, tengan a bien acompañarme hasta el gran salón... Allí podrán beber algo fresco mientras entrevistan al solista y a la hija del compositor. Y también a su esposa, sé que está aquí. ¿Señora Lefleix?

—Sí, aquí estoy.

Me di vuelta.

—Buenas noches, Jeanne...

Mutti me estaba mirando, algo inquieta, con la mirada perdida. Parecía estar esperando una señal de mi parte, como si no se atreviera a acercarse a mí. Me arrojé a sus brazos. Me abrazó. Estaba llorando más que yo.

—Está bien —murmuró—. Está bien. ¡Oh, Jeanne, estoy tan contenta! Todo lo que has hecho, jamás hubiera podido...

—Mutti, ¿entonces has presenciado el concierto?

Apareció Oma. Y Florent.

—Por Dios —dijo Oma—. Estábamos al tanto de todo, por Daniel. No podíamos perdernos esto.

Entonces vi a la señora Dhérault en su silla de ruedas, con su marido. Exclamé:

—Mutti, aquí están los padres de Daniel. ¡Tengo que presentártelos!

—¡Pero nos conocemos, Jeanne! Estábamos sentados juntos. Daniel previó todo.

Mutti se secó los ojos, se sonó la nariz y dijo a la señora Dhérault:

—Discúlpeme, estoy tan emocionada.

—Fue algo absolutamente excepcional —respondió sonriendo.

—Un gran momento para todos, ¿verdad? —aprobó su marido.

Un periodista se acercó:

—¿Ustedes son los padres del pianista? Oh, y ustedes, ¿la familia de Oscar Lefleix? ¿Me permiten?

La noticia se expandió de inmediato. Y en menos de treinta segundos, nuestro pequeño grupo fue tomado por asalto.

De repente, vi acercarse a nosotros al agente artístico de Daniel. Se precipitó hacia mí y me tomó de los hombros:

—Señorita, espero que me perdone mi actitud de Toulouse. No sé si recuerda...

—¡Oh, sí!

—Daniel me había dado instrucciones. Debe estar muy enojada conmigo.

—Esta noche, ya no estoy enojada con nadie.

—¿Jeanne? —dijo Daniel—. Creo que no conoces a Amado Riccorini.

El viejo músico se acercó y me estrechó la mano con fuerza.

—Daniel me ha hablado mucho de usted. Su padre, señorita, era un gran compositor.

—Y su alumno, Maestro, es un gran pianista.

Alrededor de nosotros, los grabadores daban vueltas y los flashes crepitaban.

Daniel me había traicionado un poco. Él había tenido tiempo para preparar esta noche y yo debía improvisar.

Ya era tarde cuando terminó la reunión. Jean Jolibois quiso acompañarnos a cualquier precio. En su auto, me sentía algo embriagada: la música, la emoción, la champaña y la noche... Al día siguiente, el nombre de Oscar Lefleix aparecería en los diarios.

Para mi padre, sería una segunda vida.



## *Epílogo*

El colegio estaba cerrado. No nos habíamos dicho nada. Y, sin embargo, el martes siguiente, fui fiel al encuentro en el banco. Llevé en mi bolso el cuaderno en el que había empezado a contar esta extraña historia. Ignoraba entonces que Daniel ocupaba en ella un lugar tan importante. De hecho, tenía dos roles, el suyo y el de un pianista que durante mucho tiempo no tuvo rostro. Hoy, esos dos retratos no hacían más que uno.

Daniel me saludó desde lejos. Estaba vestido de la misma manera que aquel primer día de septiembre en que nos conocimos. ¿Dónde estaba el prestigioso solista del cual, el día anterior, hablaba toda la prensa? Volvía a ser el alumno un poco confundido que no sabía cómo dirigirse a mí.

Vino a sentarse sin besarme, como si hubiera recuperado la distancia de los primeros meses. Sacó una carpeta de su saco. La reconocí enseguida: era aquella en la que estaba escribiendo cuando yo venía a verlo aquí.

—¿Daniel?

—Sí... Oh, espera.

Un vagabundo había venido a sentarse en el otro banco, frente al nuestro. Lo conocía un poco, era uno de esos sin techo que el tiempo lindo hace salir a las calles. Andaba, a veces, por las cercanías del colegio. Daniel se levantó y fue a ponerle algo en el bolsillo. El otro, incrédulo, sacó un billete importante para verificar la cifra. Le susurré a Daniel, que intentaba distraer mi atención:

—¿Pero... qué le has dado? ¿Estás loco?

—¿Y qué? Primero, con mi plata hago lo que quiero. Y además, a este hombre le debo mucho.

—¿Lo conoces?

—No. Para nada.

El sin techo ya se había ido.

—Daniel... Esta vez, tienes que explicarme. Tienes que contarme de una vez por todas lo que me has estado ocultando durante todos estos meses.

La otra noche nos habíamos despedido sin haber podido hablar a solas. Sonrió con malicia y alegría.

—Sí. Puede llegar a ser largo. La historia empieza en septiembre. La he contado día tras día aquí.

Me mostró la gran carpeta que había traído.

—Sabes, no puedo expresarme bien. Entonces, pensé que preferirías leerme antes que escucharme.

Abrí la carpeta, la hojeé.

—Pero... Daniel, ¿es tu diario?

—Sí. Es nuestra historia. Al menos, la que yo he vivido, desde el principio.

—¿Y te gustaría que la leyese?

—No tengo secretos para ti, Jeanne. Ahora ya no tengo secretos.

—Yo tampoco —le dije, entregándole mi cuaderno.

No parecía muy sorprendido de que yo hubiera tenido la misma idea que él. Sin saberlo, los que se atraen entre sí se parecen mucho más de lo que creen.

Me abrazó. Y era más verdadero que un beso. Estábamos bien allí los dos juntos. A nuestro alrededor, los autos iban y venían. A veces, un bramido subterráneo hacía vibrar nuestro banco; era el subte que pasaba, unos metros más abajo, entre las estaciones

Rome y Place Clichy.

El tiempo estaba lindo. Unos gorriones temerarios y ruidosos llegaban, por momentos, en bandadas para disputar unas migas abandonadas a dos o tres palomas.

El tiempo parecía inmovilizarse.

En la primera página, Daniel había escrito una especie de dedicatoria. A menos que se tratara de un título improvisado:

LA CHICA DE 2° B

Era yo. No, era más bien la imagen que Daniel tenía de mí. Un espejo.

Empecé a leer. Sabía cómo terminaba el relato de Daniel, hoy y aquí mismo. Conocía esa historia, ya que era la mía. Pero me interesaba mucho más, porque también era la suya...

\*\*\*\*\*